



APR

1982 1152 da

MAA-CIF 2

~~MAA~~

MAI MAY 25 1982

Gregory W. Meyer

MAI JUN 16 1982

MAI APR 19 1984

MAI MAY 14 1984 R

BREVE HISTORIA DE MEXICO

J O S E V A S C O N C E L O S

B R E V E H I S T O R I A
D E M E X I C O

COMPANIA EDITORIAL CONTINENTAL, S. A., MEXICO

DISTRIBUIDORES:

ESPAÑA-ARGENTINA-CHILE-VENEZUELA-COLOMBIA

Bolivia — Brasil — Costa Rica — Dominicana — Ecuador — El Salvador
Estados Unidos — Guatemala — Honduras — Nicaragua — Panamá — Paraguay
Perú — Portugal — Puerto Rico — Uruguay

Primera edición: julio de 1956

Impresiones: 1956; 1957; 1959; 1959; 1960; 1960; 1962; 1963;
1965; 1966; 1968; 1969; 1971; 1971; 1973; 1974; 1975; 1975;
1976; 1977

Vigesimasegunda impresión:
marzo de 1978

Derechos Reservados © en Lengua Española-1956, Primera Publicación

COMPANIA EDITORIAL CONTINENTAL, S. A.
CALZ. DE TLALPAN NÚM. 4620, MÉXICO 22, D. F.

MIEMBRO DE LA CAMARA NACIONAL DE LA INDUSTRIA EDITORIAL
Registro Núm. 43

DISTRIBUIDORES PRINCIPALES EN:

AV. REP. ARGENTINA NÚM. 168, BARCELONA 6, ESPAÑA
AV. CANNING NÚMS. 96, 98 y 100, ESQ. PADILLA 1414,
BUENOS AIRES, ARGENTINA
AMUNÁTEGUI NÚM. 458, SANTIAGO DE CHILE, CHILE
CRUZ VERDE A VELÁZQUEZ NÚM. 71, CARACAS, VENEZUELA
CALLE DEL CHÓRRO DE EGIPTO (ONCE) NÚM. 2-56,
BOGOTÁ, COLOMBIA

MAX
Circ
972
1/33 h

ADVERTENCIA DE ESTA EDICION

n. 95
KANSAS CITY (MO) PUBLIC LIBRARY

Desde que aparecieron las primeras ediciones de esta obra dedicada a la interpretación de la historia patria, la gatzmoñería política se ensañó contra el autor, acusándolo de irreverencia. Nunca, sin embargo, se le pudo tildar de inexacto. Al llegar a esta edición final, el autor advierte que los males por él señalados, se han recrudecido en vez de aliviarse. Todo lo que aquí condena, está triunfante en los hechos. La realidad ha superado a los más oprobiosos pronósticos.

Es deber de la historia y función del educador, no sólo narrar, también apreciar los sucesos. Los textos de historia oficial, a semejanza de los cronistas de la época de los Faraones, se creen obligados a rendir pleitesía al Faraón por todo cuanto hizo, malo o bueno, tan sólo porque fué el Faraón quien lo hizo. Así nuestros historiadores, se empeñan en ofrecer a la niñez la figura de cada uno de nuestros representantes, juzgándolos no por lo que fueron sino por el papel que representaron. Según este criterio "burocrático", el haber sido Presidente, el llegar a Diputado, absuelve por sí solo de toda culpa y predispone a la consagración de una historia servil. Por fortuna, es lo cierto que nunca han podido los malvados engañar a las generaciones que les suceden. Nunca falta un desocupado que haga el catálogo de los crímenes que la época no pudo castigar. El futuro se encarga de condenar antes de que comience el olvido.

El desprecio de la historia es a menudo la única sanción que puede alcanzar a los que al servicio del mal han conquis-

tado la impunidad personal. Detrás del malhechor victorioso, viene a menudo el fariseo que oculta o disimula sus crímenes. Ambos duran lo que dura el poderío de sus cómplices y el interés de los que aprovecharon sus iniquidades.

Todos los pueblos, en el curso de su historia, cuentan con épocas viles, pero sólo han sobrevivido aquéllos que han logrado poner a salvo su honra y con ella el futuro. Quien no es capaz de hacer justicia por propia mano, en vano espera que se la haga el extraño. La soberanía supone capacidad para la justicia, en lo interno igual que en lo externo. Nunca un pueblo corrompido logró ponerse a salvo de las ambiciones del exterior.

Para las naciones, igual que para el individuo, la verdad está por encima de todos los fetichismos que hemos procurado exhibir en estas páginas. Si no es por la verdad, la salvación no ocurrirá jamás.

Sobre el criterio general de la presente obra, debo aclarar que al ser escrito lo que constituye las primeras catorce ediciones, el autor no tenía conocimiento de obras hoy capitales para el juicio de la historia contemporánea: los libros de Hillaire Belloc sobre la Reforma en Inglaterra, y el notable libro de Thomas Walsh sobre Felipe II y el choque de la Reforma religiosa europea y la Contra-Reforma y sus consecuencias en la historia de nuestro mundo hispánico. Tampoco había llegado a manos del autor un libro decisivo para la historia de nuestro país: "México y sus Revoluciones", del Lic. Gibaja y Patrón. Aparte de estas obras fundamentales, un sinnúmero de escritos contemporáneos, han contribuído a fortalecer las convicciones del autor, que ahora contempla las primeras ediciones de su obra como un fulgor en la noche, un atisbo en la confusión que hoy se despeja para mostrarnos el proceso histórico del liberalismo capitalista, que durante el Siglo XIX y la mitad del XX, logró apoderarse de las conciencias de nuestros pueblos y no sólo de sus riquezas. En la actualidad es fácil comprender que una obra como la presente, es porción del ilustre movimiento de revisión histórica que se está llevando a cabo en todo el Continente, lo

mismo en la Argentina que en Chile. Pocas veces ha podido una obra verse confirmada en tan pocos años, como ha ocurrido con la presente. Así como entre nosotros, Juárez y su Reforma, están condenados por nuestra historia, de igual manera Sarmiento y Alberdi en la Argentina, Peña en Venezuela, Santander en Colombia, han pasado a la categoría de agentes del Imperialismo anglo-sajón, cuya obra ha periclitado sin remedio.

Como representantes del proceso de revisión histórica que se verifica en el Continente, basta citar a los principales. En Chile ocupa lugar señalado, Héctor Sepúlveda Villanueva y su libro "EL MITO POR TALIANO", y las obras de Patricio de los Reyes, Renato Valdés Alfonso y Carlos Vicuña Fuentes. En la Argentina, Raúl Scalabrini Ortiz en sus obras sobre economía política argentina, demuestra la intervención de las casas bancarias judeo-británicas en asuntos de tanta trascendencia como la creación del Uruguay para arrancar a la Argentina la posesión del estero del Plata y dominar su economía; Armando Tonelli: "EL GRAL. SAN MARTIN Y LA MASONERIA"; Manuel Gálvez en su "VIDA DEL CORONEL ROSAS"; los hermanos Irazusta, Vicente de Sierra, Atilio García Mellid, Enrique P. Ozés, Carlos Ibarburen, Enrique Palacios y los historiadores Rosas y Amadeo.

PROLOGO

La historia de México empieza como episodio de la gran Odisea del descubrimiento y ocupación del Nuevo Mundo. Antes de la llegada de los españoles, México no existía como nación; una multitud de tribus separadas por ríos y montañas y por el más profundo abismo de sus trescientos dialectos, habitaba las regiones que hoy forman el territorio patrio. Los aztecas dominaban apenas una zona de la meseta, en constante rivalidad con los tlaxcaltecas, y al Occidente los tarascos ejercitaban soberanía independiente, lo mismo que por el Sur los zapotecas. Ninguna idea nacional emparentaba las castas; todo lo contrario, la más feroz enemistad alimentaba la guerra perpetua, que sólo la conquista española hizo terminar. Comenzaremos, pues, nuestra exposición en el punto en que México surge a la vista de la humanidad civilizada. Empezaremos a verlo tal y como lo contemplaron los soldados de la conquista, según nos lo dicen en sus amenas crónicas. Por fortuna, fueron españoles los que primero llegaron a nuestro suelo, y gracias a ello, es rica la historia de nuestra región del Nuevo Mundo, como no lo es la de la zona ocupada por los puritanos. Todavía a la fecha, cuanto se escribe de historia mexicana antigua tiene que fundarse en los relatos de los capitanes y los monjes de la conquista, guerreros y civilizadores, hombres de letras, a la par que hombres de espada, según la clara exigencia de la institución de la caballería. Pues, propiamente, fué la de América una última cruzada en que los castellanos, flor de Europa, después de rebasar sobre el moro, ganaron para la cristiandad, con las naciones de América, el dominio del planeta, la supremacía del futuro. Ima-

gine quien no quiera reconocerlo, qué es lo que sería nuestro continente de haberlo descubierto y conquistado los musulmanes. Las regiones interiores del Africa actual pueden darnos una idea de la miseria y la esclavitud, la degradación en que se hallarían nuestros territorios.

Desde que aparecemos en el panorama de la historia universal, en él figuramos como una accesión a la cultura más vieja y más sabia, más ilustre de Europa: la cultura latina. Este orgullo latino pervive a la fecha en el alma de todos los que tienen conciencia y orgullo; latinos se proclaman los negros cultos de las Antillas y latinos son por el alma, según bien dijo nuestro Altamirano, los indios de México y del Perú. Latino es el mestizo desde que se formó la raza nueva y habló por boca del Inca Garcilaso en el Sur, de Alba Ixtlixóchitl en nuestro México. Incorporados por obra de la conquista civilizadora, el indio y el negro a la rama latina de la cultura europea, nuestro patriotismo adquiere abolengo y entronca con una tradición prolongada y provechosa. De allí que todo corazón bien puesto de esta América hispana, indio, mestizo, mulato, negro o criollo, siente las glorias de la España creadora y de Italia y Roma, con predilección sobre los otros pueblos de la tierra. El mismo idioma latino es un poco nuestro, desde que en el culto católico halagó nuestros oídos a partir de la infancia. Tan superior es la tradición nuestra a la de los peregrinos del Mayflower, como grande fué la Nueva España en comparación de las humildes Colonias del Norte.

Ingresamos a las filas de la civilización bajo el estandarte de Castilla, que a su modo heredaba el romano y lo superaba por su cristiandad. Y es inútil rebatir, siquiera, la fábula maligna de una nacionalidad autóctona que hubiera sido la víctima de la conquista primero y más tarde de nuestra nacionalidad mexicana, es decir, hispanoindígena. Se llegó en cierta época a tal punto de confusión, que no faltó quien pretendiese ver en México un caso parecido al del Japón que al servirse de lo europeo, robándole la técnica, se ha mantenido autóctono, sin embargo, en el espíritu. ¿En qué espíritu nacional

podríamos recaer nosotros, si prescindiésemos del sentir castellano que nos formó la Colonia? ¿Existe acaso en lo indígena, en lo precortesiano, alguna unidad de doctrina o siquiera de sentimiento capaz de construir un alma nacional? ¿En dónde está un código parecido al de los samurais que pudiera servir de base a un resurgimiento aborigen de México o del Perú? Desde el Popol Vuh de los mayas hasta las leyendas Incaicas, no hay en la América precortesiana, ni personalidad homogénea, ni doctrina coherente. El Popol Vuh es colección de divagaciones ineptas, remozadas un tanto por los recopiladores españoles de la conquista que mejoraban la tradición verbal incoherente, incomprensible ya para las razas degeneradas que reemplazaron a las no muy capaces que crearon los monumentos. El continente entero, según advierte genialmente Keyserling, estaba dominado por las fuerzas telúricas y no había nacido nunca para el espíritu, o era ya una decadencia irremediable cuando llegaron los españoles. Los españoles advirtieron la torpeza del pensamiento aborigen y, sin embargo, lo tradujeron, lo catalogaron, lo perpetuaron en libros y crónicas, y hoy ya sólo la ignorancia puede repetir el dislate de que los conquistadores destruyeron una civilización. Desde todos los puntos de vista, y con todos sus defectos, lo que creó la Colonia fué mejor que lo que existía bajo el dominio aborigen.

Nada destruyó España, porque nada existía digno de conservarse cuando ella llegó a estos territorios, a menos de que se estime sagrada toda esa mala yerba del alma que son el canibalismo de los caribes, los sacrificios humanos de los aztecas, el despotismo embrutecedor de los Incas. Y no fué un azar que España dominase en América, en vez de Inglaterra o de Francia. España tenía que dominar en el Nuevo Mundo porque dominaba en el Viejo, en la época de la colonización. Ningún otro pueblo de Europa tenía en igual grado que el español el poder de espíritu necesario para llevar adelante una empresa que no tiene paralelo en la historia entera de la humanidad; epopeya de geógrafos y de guerreros, de sabios y de colonizadores, de héroes y de santos que, al

ensanchar el dominio del hombre sobre el planeta, ganaban también para el espíritu las almas de los conquistados. Sólo una vez en la historia humana el espíritu ha soplado en afán de conquistas que, lejos de subyugar, libertan. La india de los Asokas había visto conquistas inspiradas en el afán del proselitismo religioso; conquistas que rebasando el esfuerzo del guerrero, se establecían en el alma de poblaciones remotas sin otra coerción que la del pensamiento egregio. Superior aun fué la obra de Castilla, y en mayor escala, tanto por las extensiones de los territorios ganados para la cultura, como por el valor de la cultura que propagaba. La nobleza de Castilla poderosa en el esfuerzo, virtuosa y clara en la acción, era la primera nobleza de Europa cuando se produjo la ocupación del Nuevo Mundo. Y fortuna fué de México el haber sido creado por la primera raza del mundo civilizado de entonces, y por instrumento del primero de los capitanes de la época, el más grande de los conquistadores de todos los tiempos, Hernando Cortés, cuya figura nos envidia el anglosajón; más aun que los territorios que su conquista nos ha legado.

Y el más grave daño moral que nos han hecho los imperialistas nuevos es el habernos habituado a ver en Cortés un extraño. ¡A pesar de que Cortés es nuestro, en grado mayor de lo que puede serlo Cuauhtémoc! La figura del Conquistador cubre la patria del mexicano, desde Sonora hasta Yucatán y más allá en los territorios perdidos por nosotros, ganados por Cortés. En cambio, Cuauhtémoc es, a lo sumo, el antepasado de los otomíes de la meseta de Anáhuac, sin ninguna relación con el resto del país.

El mito Cuauhtémoc lo inventan Prescott y los historiadores norteamericanos, lo defienden los agentes indirectos del protestantismo que quieren borrar toda huella de lo español en América. Si en México prescindimos de lo español, nos quedaremos como los negros, atenidos al padrinazgo dudoso de un Lincoln que, sólo por razones políticas, abolió la esclavitud, o peor aún, un padrastro como Washington que mantuvo esclavos negros pese a sus timbres de libertador. El

*sentimentalismo en torno de Cuauhtémoc es parecido al que hoy manifiestan los influenciados inconscientes del imperia-
lismo inglés, en favor del Negus de Abisinia, que antes de ser
expulsado por los italianos del reino que oprimía, ya se ha-
bía hecho célebre entre sus salvajes conciudadanos por el ase-
sinato, envenenamiento y prisión de rivales y parientes. Des-
venturados los pueblos que se empeñan en construir tradi-
ción con personajes semejantes; acaban por ser traicionados
por ellos, tal y como el Negus abandonó el país a la hora del
peligro, a estilo Antonio López de Santa Anna, llevándose
los fondos de todas las aduanas que atravesó en su fuga.*

*Cortés, en cambio, el más humano de los conquistadores,
el más abnegado, se liga espiritualmente a los conquistados
al convertirlos a la fe, y su acción nos deja el legado de una
patria. Sea cual fuere la raza a que pertenezca, todo el que
se sienta mexicano, debe a Cortés el mapa de su patria y la
primera idea de conjunto de la nacionalidad. Quienquiera
que haya de construir alguna vez en grande en estos territo-
rios que hoy imaginamos que son nuestros, tendrá que volver
los ojos al plan de Cortés, porque en cuatro siglos no ha ha-
bido otro que mirara tan lejos, ni construyera tan en grande.
Más aún: después de Cortés, después de Antonio de Mendoza,
después de Revillagigedo que todavía intentó la defensa
de Texas, después de Gálvez que estampó en ella su nombre,
no ha habido en nuestra patria constructores; sólo ha habido
destrutores, reductores del mapa. Sin exceptuar los más
grandes nombres de nuestro Calendario republicano, basta
con apelar a la carta de la República para darse cuenta de
dónde estuvo y dónde acabó el patriotismo en este suelo cas-
tigado de México. El mapa comienza a crecer con don Her-
nando, y se integra en sus manos en forma grandiosa. El
mapa crece aún más y se consolida bajo ciertos virreyes, co-
mo no lo soñaron jamás las pobres mentes confusas, envileci-
das, de toltecas y aztecas y mayas. Por primera y por última
vez, bajo los virreyes, la ciudad de México es la capital de
un reino que va de Honduras a lo que hoy es el Canadá. En
esa época nuestra lengua, nuestra religión y nuestra cultura
eran soberanas en el continente septentrional.*

Sígase la historia del mapa y se verá que coinciden las reducciones con la aparición de los caudillos que sólo piensan en el propio beneficio, en la propia dominación, y para lograrla no vacilan en ofrecer a quien lo quiera, ya sea Texas, ya la California, ya, más tarde, el Istmo de Tehuantepec, bajo el Benemérito de las Américas, Benito Juárez.

Quien de buena fe quiera enterarse y no sea un obcecado, un enfermo de su propio veneno, abra los ojos y compare esta ecuación que señalo: A medida que los títulos del gobernante aumentan —Benemérito de las Américas, Alteza Serenísima, Jefe Máximo de la Revolución— el mapa se va estrechando. El mapa crecía cuando los jefes de México se llamaban simplemente Hernando Cortés o Antonio de Mendoza. Y hoy que ha cambiado el sistema de la conquista, que ya no es armada, sino moral y económica, hoy que ya no queda mapa que estrechar porque sobre todo el territorio domina el plan de los amos nuevos, una insulsa palabrería sustituye a la dignidad del patriotismo. Y se disfrazan los testafierros con sobrenombres tomados a la revolución rusa o al izquierdismo masónico: liberalismo, socialismo, revolucionarismo, ismos extranjeros y otras tantas máscaras de una dominación que ya no necesita ejercitarse con escuadras y ejércitos, porque le basta con el engaño que fructifica en los clubes, y luego estalla en las plazas con hedor de albañal y efectos de muerte, de desintegración de una estirpe.

No me dirijo únicamente al mexicano de ascendencia europea, también al indio puro de nuestros territorios. Al indio ilustrado del momento que hoy vivimos, le pido el esfuerzo de remontarse con la imaginación a una patria como la de Cuauhtémoc, a principios del siglo dieciséis, y, en seguida, a una patria como la de Hernando Cortés, veinte años más tarde. Ese mexicano, indio puro, si no tiene en las venas hiel, en vez de sangre, si logra expulsar de su fisiología el veneno acumulado por más de un siglo de propagandas malévolas, ese mexicano indio puro, tendrá que reconocer que era más patria la que Cortés construía que la del valiente

Cuahtémoc o la del cobarde Moctezuma. Tendrá que reconocer que para su propia sangre, temporalmente humillada por la conquista, había más oportunidades, sin embargo, en la sociedad cristiana que organizaban los españoles que en la sombría hecatombe periódica de las tribus anteriores a la conquista.

* * *

Más aun que los datos nuevos, el historiador ha menester de criterio recto para juzgar lo ya sabido y probado. En consecuencia, sin pretensiones de ofrecer hallazgos propios de eruditos, desarrollaremos nuestro comentario, basándolo en la exactitud de los hechos por todos o casi todos aceptados. Nuestra ambición se limita a presentar la historia patria tal como debió enseñarse desde hace un siglo, si no lo hubiera impedido nuestra sumisión inconsciente a las doctrinas del conquistador nuevo. Tiempo es ya de que abramos los ojos para ver el gesto de repugnancia con que nos contemplan no pocos de los mismos que nos seducen para dominarnos. Para todo el que quiere mirarnos, hemos llegado a ser una suerte de monos humanos, renegados de su abolengo, desmemoriados de su pasado grandioso. Parias del alma nos quedamos al renegar de lo español que había en nosotros, y en seguida fué muy fácil que nos dejáramos quitar las minas y los navíos, los territorios y las industrias.

Urge, por lo mismo, reconstruir nuestros juicios, rehacer nuestra personalidad histórica, aun cuando acaso resulte ya demasiado tarde. Por lo menos, al hacerlo se iluminará nuestro ocaso. Será menos ruin nuestro instante, si unas cuantas almas recobran la conciencia, en el umbral de la noche definitiva de la estirpe. Los hechos, los simples hechos, desnudos de adjetivos, serenarán nuestra derrota, esclarecerán la sombra y acaso den a la voluntad el tónico necesario al milagro de los resurgimientos.

Todos los hechos conducentes nos van a ser dados por escritores de nuestra lengua, historiadores y cronistas de España, comentaristas y pensadores de México: Bernal Díaz,

Hernán Cortés, Solís, Las Casas y, en la época moderna, Alamán, Pereyra. ¿Y dónde está, preguntarán, la versión de los indios que son porción de nuestra carne nativa? Y es fácil responder con otra pregunta: ¿Cómo podrían dar versión alguna congruente los pobres indios precortesianos que no tenían propiamente ni lenguaje, puesto que no escribían ni sabían lo que les pasaba, porque no imaginaban en la integridad de una visión cabal o siquiera de un mapa, ni lo que eran los territorios del México suyo, mucho menos el vasto mundo de donde procedían los españoles y el Mundo Nuevo que venían agregando a la geografía y a la cultura universales?

Sin embargo, si queréis testimonios auténticos, testimonios indígenas, os remito a los dos autores ya citados, el Inca Garcilaso y el mexicano Alba Ixtlixóchitl, mestizos ambos, en quienes halla voz por primera vez, lo indígena; no nos llega en ellos puro, desde luego, sino mezclado a lo español, purificado, enaltecido por la cultura europea. Nada dijeron por cuenta propia los indios, porque no habían tenido genio para inventar un alfabeto. Han repetido todos la doctrina de algún extranjero. No hizo otra cosa el indio puro Benito Juárez. Cuando habló, se hizo eco de la lección jacobina que le enseñara Gómez Farías que la tomó de Poinsett. Y en estos tiempos de hoy, no suelen hablarnos de otro modo los líderes de un supuesto indigenismo que, sin embargo, repiten el credo comunista aprendido del agitador judío de Nueva York o de Polonia, secuaces de Rusia. Desechad, pues, todo ese sentimentalismo a lo Prescott, a lo Lewis Wallace, sobre el dolor del indio que perdía su patria. Los indios no tenían patria, y salvo uno que otro cacique opresor, mejoraron con la conquista. Los españoles oprimieron a los indios, y los mexicanos seguimos oprimiéndolos, pero nunca más de lo que los hacían padecer sus propios caciques y jefes. La nueva civilización, al aumentar los productos de la tierra con nuevos cultivos, al elevar al indio, por la religión, a la categoría del amo, al otorgarle el recurso de queja ante los tribunales, bien intencionados en su ma-

yoría, al ensanchar el espíritu del indio con el tesoro de las artes, las festividades religiosas, las esperanzas del cielo, fué, en verdad, la creadora de una patria mexicana. Nunca hubo en la Nueva España más de cuarenta mil españoles. Si los indios hubieran tenido conciencia nacional y hubieran sentido que la conquista era una ignominia, ¿acaso no se hubieran levantado los seis millones de indios para degollar a los blancos? Al contrario, y como pasa siempre en las sociedades militarizadas, por huir de los abusos de los caciques, se refugian los indios con el soldado de la conquista. Hecha la paz, la educación de las misiones transformó a los indios, de parias, en artesanos y sacerdotes, agricultores y civilizadores.

Hallaremos, sin duda, iniquidades en la historia de la conquista; es rasgo característico de la hombría española, no negar, ni siquiera disimular sus yerros, sino más bien adelantarse a condenarlos. El hábito de la confesión influye, sin duda, en esta franqueza. En las otras conquistas los horrores se han quedado tapados, o se ha pretendido taparlos; pero sin honra, pues al crimen consumado se ha añadido la insinceridad, la hipocresía.

El historiador imparcial necesita ser un extraño que juzgue los hechos fríamente, como se estudia un proceso del orden biológico. Nadie puede escribir en este tono, de su propio país, y menos historia todavía reciente. El que escribe sobre su propio pueblo y con miras a encontrar en la historia las fuerzas dispersas que acaso puedan contribuir a salvarlo, tiene que poner en la obra dolor de parte ofendida y pasión de justicia, exigencias de rehabilitación del futuro. Al historiador poeta, al extranjero curioso, le preocupan únicamente aquellos casos excelsos en que un héroe, una época, se imponen a la admiración del que observa. Ninguno de estos hombres o sucesos universales tiene nuestra historia, si se exceptúan los episodios de la conquista que no ignora ninguno de los niños de escuela del mundo. Después, nuestros propios hombres son de talla bien modesta. De antemano sabemos que no sería justo exigir lo excelso de una

nación que comienza, pero modestia no quiere decir acatamiento servil de lo que es indigno. Por esto no importa quién caiga, el historiador ha de exigir que sus héroes den siquiera la medida del nivel moral de la civilización; por lo menos el talento medio que sabe distinguir lo que conviene a su pueblo y lo que le daña. Con sólo así juzgarlos, nuestros ídolos oficiales se derrumban. Y el no haberlos derrumbado a tiempo es causa de ese desdén con que vemos nuestra historia; la sabemos perversa, mediocre. Y el alma exige mucho y se rehusa a tomar cosas tan pobres, como el modelo de la grandeza humana. De allí que a menudo procuremos desentendernos de lo propio para admirar la humana excel-situd, cualquiera que sea el territorio en que se encuentre. Pero en cierto instante, la edad nos hace humildes a la vez que nos advierte que de nada sirven las admiraciones remotas, si no reclamamos que en torno nuestro la vida pública tome maneras decorosas, ya no digo ilustres. Dentro del ambiente moral de la cafrería, el mismo genio se agosta, como trigo en arenas.

Por eso, es indispensable enderezar dentro del propio medio, una categoría de valores, formar un grupo de personalidades conscientes y rectas, y esa tarea no se logra improvisando héroe al que fué bandido, inventando virtud en el malvado, talento en el zafio. De nada sirve mentir, porque nunca se engaña a los pósteros. La base de toda construcción patriótica es la verdad que nos descubre el oro fino de la acción noble. Oro tal lo hay, por fortuna, aun en las más depravadas circunstancias de nuestra pesadilla nacional. De allí que no sea excusa decir que nuestro medio no da más. No es circunstancia atenuante el hecho de que buena parte de nuestros gobernantes hayan sido criminales; no lo es porque, al lado de los descalificados, ha habido siempre algún individuo que salva el honor racial. La acción ininterrumpida de estas minorías fracasadas, pero tenaces, es la única esperanza en el panorama sombrío de nuestro pueblo. Bochornosa es en gran parte nuestra historia, no porque se pretenda juzgarla con criterios de pueblos más

avanzados; hay cierto límite de moralidad que lo mismo rige para la tribu que para la nación. Bien sabemos que el heroísmo se da en la índole humana sólo excepcionalmente en todos los climas. Por eso mismo, a cada uno de nuestros personajes lo juzgamos con el criterio elemental del sentido común para el entendimiento, y del honor elemental para la acción. Sin la norma de cierta lealtad a los valores fundamentales de la ética, todo trato humano se vicia y toda sociedad se hace un infierno. Cuando se compara la historia de México con la de sus hermanas naciones del Continente, se piensa en una maldición particular que pesaría sobre nuestro territorio. Acaso no es porque la gente sea más mala que en otros sitios, sino porque nuestros largos períodos de pretorianismo han hecho de la ignominia la regla. No hay nada más antihumano que darle a la fuerza una función que sólo la inteligencia debe desempeñar. En los países españoles del Sur, por regla general, es el letrado el que ha venido mandando y el soldado reducido a su profesión, se hace eficaz y casi no pesa sobre el país. México no tiene una sola victoria contra el enemigo común, ni una batalla ganada como la de Costa Rica contra Walker, o como la de Buenos Aires contra los ingleses, ni siquiera las grandes batallas de la Independencia a estilo San Martín y Bolívar. Esta ausencia de tradición heroica mantiene a nuestro ejército en la mediocridad, cuando no lo lleva a las ferocidades de la guerra civil. En cambio, un ejército como el argentino, que supo tomar prisioneros a siete mil ingleses, sin fusilar a uno solo, difícilmente se decide a fusilar a connacionales. Su gloria lo defiende del descrédito de una carnicería. Toda la tradición viril y civil de Costa Rica puede derivarse de la batalla de Santa Marta, que es un como San Jacinto en que los latinoamericanos hubieran triunfado. La batalla de Santa Marta libró a Centro América de ser estado yankee, así como la batalla de San Jacinto nos hizo perder a Texas. Y no se ven por ningún lado, en Costa Rica, estatuas de generales, ni se conoce el caso de generales Presidentes. Pues la victoria purifica, así como la derrota ensombrece a los

pueblos. Si queréis entender la agonía prolongada de nuestra nación, observad a través de su historia los presupuestos destinados al ramo de Guerra. El pulpo de un ejército opresor, costoso e inútil, es bastante explicación de cómo pasamos, rápidamente, de la categoría de la primera nación del Nuevo Mundo, a la infima condición en que hoy vivimos en vergonzante subordinación. Cuando todo esto se comprenda, los mejores entre nuestros compatriotas se unirán para buscar los remedios. Mientras sigamos borrachos de mentiras patrióticas vulgares, no asomará en nuestro cielo la esperanza. Una verdad resplandeciente es condición previa de todo resurgimiento. Si a esclarecer la verdad contribuye este libro, habrá llenado su objeto. Así se irriten en contra de él los contaminados de la ignominia pública.

J. V.

EL DESCUBRIMIENTO

El mundo estaba incompleto. La antigüedad pudo conformarse con su geografía reducida; no disponía de la técnica náutica necesaria para dominar los Océanos. Y se contentó con soñar en la Atlántida que adivinara Platón. Pero los adelantos científicos operados durante el Renacimiento pusieron al hombre en condiciones de igualar su pensamiento con la realidad. Y así como dos mil años antes, los griegos, la primera raza de la época, exploraron y poblaron el Mediterráneo hasta las columnas de Hércules, en el siglo quince los españoles y los portugueses, avanzada de la civilización europea, llevaron sus velas por todos los mares del Orbe. El estandarte de Portugal recibió en sus pliegues, los primeros vientos del sur de Asia en el Cabo de Buena Esperanza, extremidad meridional del Africa. Y España con el descubrimiento del Nuevo Mundo, abrió el primer ciclo universal de la historia.

La obra fué de España. Colón buscaba únicamente un paso hacia las Indias asiáticas y otros muchos antes que él habían ideado la ruta del círculo de la esfera terrestre. Pero la consumación de tamaña empresa necesitaba el empuje de una raza como la que salía victoriosa y renovada, de la epopeya de la reconquista. Sin la ardiente fe cristiana y la heroica resolución caballeresca de los castellanos, el descubrimiento pudo realizarse, pero no la exploración, la conquista, la incorporación a la cultura de islas y continentes. El simple descubrimiento de tierras nuevas, ya lo habían logrado los Vikingos en Terranova pero el hallazgo resultó estéril porque no contaban los suecos con hombres de la talla de Elcano y Magallanes. Núñez de Balboa y Cabral, Hernando Cortés y Pizarro. Hernando de Soto, Alvar

Núñez Cabeza de Vaca. Pues no basta con recorrer una costa; es menester organizar los desembarcos, llevar adelante las expediciones, conquistar y poblar, civilizar. Todo esto lo hizo España en menos de una centuria; la centuria más importante para la geografía del planeta, para la ciencia toda del conocimiento del mundo.

La tarea de ir descubriendo el perfil de las tierras nuevas fué lenta. En sus cuatro viajes Colón apenas toca ciertos puntos de la Tierra Firme y muere sin sospechar el Continente. Desembarca en Honduras y en el Darién, pero ya sólo preocupado de que la aventura no le producía las ventajas que celosamente se reservó en las capitulaciones. Los grandes desinteresados de la ilustre empresa vinieron después. Y llegaron con el garbo lusitano castellano, hecho a jugarlo todo a una sola carta; sin par estirpe de héroes atenaceados por la ambición de espacio, codiciosos de paisajes nuevos y hermosos, para recreo del alma y de gentes que conquistar para la fe y el convivio de lo sobrenatural.

Después del cuarto y último viaje de Colón, vino al Nuevo Mundo la expedición de Alonso de Ojeda. Lo acompañaba Juan de la Cosa, piloto del Almirante. Partió de Cádiz, Ojeda, el 20 de mayo de 1499, y a los veinticuatro días de navegación topóse con las costas de la isla Trinidad, frente a Venezuela. Estuvo en Curazao y la Laguna de Maracaibo, donde según crónicas sus gentes raptaron a unas indias de extraordinaria belleza. Pero no eran únicamente piratas quienes consumaban estos descubrimientos. Mientras los soldados robaban indias o perlas, Américo Vesputio, en la cámara reducida de una de las naves españolas, trazó el mapa del Continente que tomaría su nombre. Desde el principio, junto con los aventureros venían los hombres de ciencia, los letrados y los santos, que de todo había en la síntesis de pueblos y de culturas que era por entonces la Península Ibérica.

En el año de mil quinientos, Rodrigo de Bastidas, escribano de Triana, encabezó la expedición que descubriera las bocas del Magdalena y las costas de Colombia. Le acompañó Juan de la Cosa.

En un segundo viaje Ojeda recorre el Caribe por la costa firme y se hace dar la gobernación del Golfo del Urabá, con asiento en Cartagena. En una incursión por el interior hasta Turbaco, muere Juan de la Cosa. Cuando rescatan su cadáver, lo encuentran hinchado y deforme por la ponzoña de la flecha, "como un erizo asaeteado".

Con Rodrigo de Bastidas, había venido al Continente uno de esos hombres con instinto de mapa; miran superficies, y mejor aún que el azor que sólo advierte la presa, determinan punto de referencia y contornos, rumbos y alturas; se llamaba Vasco Núñez de Balboa. Unido a los expedicionarios de la segunda empresa de Ojeda, los había salvado de dificultades, y recordaba que, por la parte Occidental de un golfo de la costa colombiana vió un pueblo, de la otra banda de un gran río en tierra fresca y abundante de comida, y en donde la gente no ponía yerba venenosa en sus flechas; se trataba del río que los indios llamaban Darién. Después de vencer a los indios se establecieron por allí los españoles y a Vasco Núñez de Balboa lo eligieron Alcalde. Aquellos hombres aguerridos no se sometían por terror al que más ha matado, sino que se daban por sufragio el jefe. Y la elección recaía en el más capaz por la inteligencia, no en el más perverso y cruel, ni en el más astuto, como sucede en las decadencias.

Vasco Núñez de Balboa se estableció en Santa María del Darién, costa de la Colombia actual y, ejercitando el poder que le había conferido el voto de sus pares dirigióse al Rey, el símbolo de su patria, de su nacionalidad, de la cultura a que pertenecía y le dió cuenta de sus hazañas. No le habla de los enemigos que ha vencido, ni de prisioneros asesinados ni de rivales deshechos sino de colegas salvados, de españoles rescatados a las enfermedades, los peligros y la guerra, cuidando de todos dice, "con extrema solicitud". También informa al monarca de sus descubrimientos de ríos y cacicazgos, minas de oro y mares con perlas. Era natural que estos hombres de primera buscasen los tesoros de la creación, el oro y las perlas, las indias bonitas. Más tarde, allá por el Norte arribarían los ingleses, hombres, todavía por entonces, de segunda, que se conformaban con adquirir de los indios semisalvajes de las regiones frías, cueros

no curtidos y ristras de mazorcas. Desdeñando lo corriente, el alma heroica de Vasco Núñez de Balboa pinta al Rey las posibilidades de descubrir cosas "tan altas" y en donde puede haber tanto oro y tanta riqueza. Un presentimiento de gloria palpita ya en las súplicas de que se le mande gente, porque sospecha que a pocas jornadas está "la otra mar", el vastísimo Océano cuyo hallazgo había de hacerlo inmortal. Tratando Balboa con los indios, negociando, gobernando, adquiere noticias de las tierras del Perú y del mar del Sur que estaba detrás de los montes, el mar que no sospechó Colón, y cuya existencia definía las tierras nuevas como una gran isla y un Nuevo Mundo.

La expedición para el descubrimiento del "Mar del Sur" salió del Darién en septiembre de 1513, llegando por mar a tierra de Careta. Allí desembarcó Núñez de Balboa, con ciento noventa españoles. Atravesando las sierras llegó con ellos a las regiones de Ponca y de Cuarecua, que hubo de conquistarse a los indios. Dejando en Cuarecua los heridos y los enfermos, adelantó Balboa sobre las cumbres, y antes que todos, como jefe, divisó por primera vez el mar Pacífico, el 25 de septiembre de 1513. Profundamente religioso, como todos los hombres capaces de hazañas grandes, Núñez de Balboa, hincado de rodillas, dió las gracias a Dios por la merced que le hacía. Llamó a sus hombres y los puso también a rezar. Oraron todos ante el asombro, dice el cronista, de los indios, que no entendiendo todavía de asuntos del espíritu, se reían como salvajes, incapaces de comprender la invocación de lo invisible. Esta misma ignorancia los hacía ineptos para oponerse a la voluntad férrea, sobrenatural casi de los castellanos.

En nombre de los reyes de Castilla, tomó posesión Vasco Núñez de Balboa de "cuanto veía, y en señal de ello, cortó árboles, erigió cruces y levantó piedras, escribiendo sobre los troncos a cuchillo el nombre de los Monarcas". ¡Y en verdad, nunca hubo en la Historia, conquista ni más legítima, ni más fecunda, ni más limpia y gloriosamente lograda! Descendiendo por los flancos de la serranía tropical obstruída de maleza, plagada de fiebres y de indios hostiles, Francisco Pizarro, Juan de Ezcaray y Alonso Martín, fueron los primeros europeos que en canoa de indígenas bogaron el nuevo mar. Un poco más tarde,

penetrado Balboa de la magna significación de su empresa, quiso tomar posesión personal del Océano. Metiéndose en el agua hasta las rodillas, comenzó a pasear, pendón en mano, diciendo: "Vivan los muy altos e poderosos Reyes, Don Fernando y Doña Isabel de la Castilla de León y de Aragón", etc., "en cuyo nombre tomo e aprehendo la posesión real y corporal e actualmente de estos mares y tierras e costas e puertos e islas australes con todos su anexos e reinos e provincias, etc."

... "Si algún otro príncipe o capitán pretende algún derecho a estas tierras e mares, yo estoy presto e aparejado de se lo contradecir e defender en nombre de los Reyes de Castilla, presentes o porvenir, cuyo es aqueste imperio e señoría de aquestas Indias, islas e tierra firme septentrional e austral e con sus mares, así en el polo ártico como en el antártico".

Exceso oratorio, dirán los necios, ante este hermoso, magnífico discurso, noble como los de César y más trascendental que los de Alejandro. Pero precisamente Balboa, que no era un parlurdo, sino hombre patriota, entendido, sabía que adelantando la posesión según las fórmulas en uso, derivadas del derecho romano, aseguraba los derechos de Castilla en contra de la rivalidad de los exploradores y descubridores de Portugal. Pues el mundo nuevo se lo disputaban España y Portugal, y cada toma de posesión servía de base para el pleito que al fin resolvió la Bula de Alejandro Sexto, que ratificó a los españoles en la posesión del Continente y sus mares, desde Colombia hasta Filipinas.

El descubrimiento de Balboa desvaneció el error de Colón. Se hallaban los españoles en mundo desconocido y no en las costas del Asia. No era Catay, sino México y el Perú, lo que la civilización estaba a punto de incorporar a su seno.

Por otra parte, no se sabe qué es más admirable en aquellos hombres: el arrojo del soldado, o la pericia del navegante, la elocuencia del conquistador, el patriotismo que los lleva a todos a trabajar por su Castilla, el innato señorío con que hablan y actúan, como si fuese el Rey quien está bajo su protección y a quien ellos otorgan el beneficio de sus conquistas, sin reservarse para sí otra cosa que la gloria. Pues ni uno de ellos corría a refugiarse en la comodidad así que el oro y las perlas les llenaban las bolsas. Casi sin excepción, siguieron o volvieron a

perdersen en la luz de lo desconocido, mientras el oro y las perlas se embarcaban para la Corte, a ser derrochados, o caían al fondo del mar en el naufragio, o pasaban al enemigo en el aborraje.

Ya sólo faltaba el viaje de Magallanes (1519-1522), el portugués ilustre que acompañado de Elcano, el gran vizcaíno, dió vuelta al planeta, para que el hombre conociese la verdadera extensión de la tierra. Por la acción de los españoles el mundo quedó comunicado por primera vez en la Historia. La alegría de Castilla, dice un comentarista, fué tan grande al conocer el descubrimiento del Mar del Sur, como cuando se descubrieron las Indias. Nombróse a Balboa Adelantado de la Mar del Sur, y no regresó éste a la Corte para cobrar cuentas de fama y poderío. Se internó por Tierra Firme, olvidándose de que es Almirante, para seguir de capitán de oscuras peleas con los indios, y explorador y conquistador de territorios nuevos.

Pronto en Madrid se reconoció la importancia de aquella Tierra Firme llena de sorpresas y se nombró para gobernador a un tal Pedrarias Dávila, que más tarde tuvo dificultades con Balboa. Creó también la Monarquía una gran Armada, que bajo las órdenes del Obispo de Burgos, Don Juan de Fonseca, empezó a reclutar gente. Y era tanta la fama de los territorios nuevos, que fué necesario escoger entre los aspirantes. En sólo Sevilla se presentaron mil quinientas personas nobles y ricamente ataviadas, "la más lucida gente que de España ha salido", según expresó uno de ellos, Pascual de Andagoya. Desde el principio la orden real fué que se tratase a los indios con amistad para que "viniesen prestos a la conversión y conocimiento de nuestra santa fe católica, excusando toda fuerza y maltratos". Hacia el Darién concurren en esta primera etapa de la epopeya española de América, muchas ilustres gentes que más tarde inscribieran sus nombres en la Historia. Por ejemplo, Francisco de Montejo, Adelantado del Yucatán, Alonso de Avila, Pedro de Alvarado, Bernal Díaz del Castillo, futuros capitanes de la conquista de México. También otros que han ingresado a la leyenda: Juan Ponce de León, el de la Florida; Hernando de Soto, el del río Mississippi; Francisco Pizarro el del Perú, y Diego de Almagro, el primer gran chileno.

Conviene insistir en la calidad superior de la mayor parte de esta gente española que vino al Nuevo Mundo, porque más tarde, en la época de la decadencia, ha sido costumbre calumniar a estos célebres antepasados nuestros, suponiéndolos torpes, ignorantes y codiciosos, cuando fueron al contrario, aristocracia entre las primeras de Europa, hijosdalgo pobres en su mayoría pero hombres ilustres y bien enterados de su historia, su religión y, en muchos casos, también de la mejor ciencia de su época. Son ellos, en rigor, los antecesores aun de nuestros indios y negros, puesto que de ellos deriva la cultura de tipo latino a que pertenecemos los de Hispanoamérica.

Llama la atención la regularidad con que en todos sus viajes los españoles seguían la ruta del Sur, sin desviarse nunca hacia el Norte del Continente, salvo para operaciones de exploración como la de Sebastián Caboto. Los ingleses, en cambio, se establecieron en regiones frías o templadas, ya sea porque no les dejaron otros territorios libres, o porque un instinto como de pájaros llevaba a cada quien a regiones similares a las de su ambiente nativo. Así es como los españoles, que bien pudieron apoderarse de las bocas del Hudson o del Delaware, pues no había por entonces quien resistiera su albedrío, prefirieron abandonar las zonas heladas y se apoderaron del Coatzacoalcos, del Usumacinta, del Magdalena y el Orinoco.

En la réplica de Europa que por lo pronto habría de ser el Nuevo Mundo, los españoles escogieron territorios en que fundar Españas Nuevas. Su gozo fué pleno cuando descubrieron a gran altura y más allá de las costas cálidas del Golfo la gran meseta mexicana que recuerda a Castilla mejor que ningún otro territorio del mundo.

Por lo pronto, el Golfo de México quedó convertido en un mar español desde la Florida hasta Yucatán.

DESCUBRIMIENTO DE MEXICO

En el primer viaje hacia lo que hoy es México, vino con los de su nación, el cronista máximo de la Conquista, Bernal Díaz del Castillo. Ninguna idea tenía el joven soldado de entonces, de que representaba dentro de la expedición, el ojo de la Historia; lo que no obstó a que se diese cuenta de la grandeza de los sucesos en que tomaba parte. Luego, al final de sus días y para restablecer la verdad, a los ochenta y cuatro años, desde su gobernación de Guatemala, escribió su célebre libro. Antes de las expediciones a México había estado Bernal Díaz en el Darién con Pedrarias. De aquella aventura recuerda el triste fin de Núñez de Balboa, el descubridor del Pacífico, decapitado por envidias de sus superiores . . . Era Bernal Díaz sencillo, fuerte y humano. Nuestro gran historiador Carlos Pereyra, juzga que Bernal Díaz se expresa en dos realizaciones excelsas: Verdad y Belleza. Siente con tanta intensidad y en tal plenitud los hechos realizados o presenciados por él, que no concibe una mínima alteración de lo ocurrido. Su lema de historiador lo definió él mismo, asentando: "La verdad es cosa bendita y sagrada, y todo lo que contra ella dijeren va maldito". Observa asimismo Pereyra que Bernal Díaz sembró el primer naranjo de México y quebró un hierro con que se marcaba a los esclavos.

Refiriéndose a las proezas en que tomó tan activa parte, dice Bernal Díaz: "Hemos servido a su Majestad en descubrir, conquistar y pacificar y poblar todas las más provincias de la Nueva España que es una de las buenas partes descubiertas del Nuevo Mundo, la cual descubrimos a nuestra costa, sin ser sabedor de ello su Majestad" . . . "todo esto lo conquistamos batallando con belicosos guerreros y tan aparte de Castilla sin te-

ner socorro ni ayuda ninguna, salvo la gran Misericordia de N. S., que es el socorro verdadero que fué servido que ganásemos la Nueva España" . . . "con ciudades y provincias que por ser tantas, aquí no declaro sus nombres" . . . "Y después que las tuvimos pacificadas como buenos y leales vasallos de Su Majestad enviamos a dar y entregar con nuestros Embajadores a Castilla y Flandes" . . . "Y tantos bienes como adelante diré han derivado de ellos y conversión de tantos cientos de almas que se han salvado y cada día se salvan que de antes iban perdidos al infierno y además de esta santa obra, tengan atención a las grandes riquezas que de estas partes enviamos en presentes a S. M., y han ido y van cotidianamente . . ."

Aunque no había estado en colegio, no era Bernal Díaz un plebeyo; su padre fué regidor de la Villa de Medicina del Campo, cuna de este hombre esforzado y escritor de raza, que cuando habla de sí y de sus compañeros expresa: "acordamos ciertos caballeros". Tan caballero que no anduvo envidiando a Cortés o restándole méritos; como bien nacido, a todo el mundo hacía justicia. Y tampoco era un militar de tipo servil que obedece sin juicio. Supo insubordinarse cuando Velázquez le ordenó que prendiese a los indios de las islas Guanajas para usarlos como esclavos, y venció el insubordinado.

Antón de Alaminos era natural de Palos y regía la Armada de tres barcos y poco más de doscientos españoles. Por capitán traían los expedicionarios a un hidalgo que dejaba en Cuba encomiendas y hacienda para probar aventuras nuevas, Francisco Hernández de Córdova. Al acercarse a tierra por la punta de Yucatán, unos indios se acercaron en sus canoas, diciendo: "cones catoche" que quería decir: "Andad acá a mis casas"; pero los españoles, que al principio no entendieron, nombraron el sitio Punta de Catoche, y así está en "las cartas de marear". Invitados los españoles a desembarcar, el cacique les preparó una emboscada que costó algunos muertos. Mientras los soldados combatían, el clérigo de a bordo se cargó de arquillas e ídolos y oro, y todo lo llevó al navío. En una especie de adoratorio vieron unos idolillos grotescos y otros en posiciones de sodomía. En la escaramuza fueron capturados dos indios que se bautizaron, llamándose uno Julián y el otro Melchor, ambos "trastra-

bados de los ojos" y que en lo adelante fueron los intérpretes, "las lenguas" de la expedición.

Siguiendo siempre la línea de la costa llegaron los navíos a Campeche. Allí desembarcaron en busca de agua potable, y entre muchos indios semidesnudos admiraron a unos sacerdotes de calzones blancos que cuidaban idolillos grotescos y figuras de reptiles sobre un altar con gotas de sangre: "también en los cabellos tenían los sacerdotes tanta sangre coagulada que no se les pueden desparcir ni aun peinar si no se cortan" los cuales indios eran sacerdotes de ídolos que en la Nueva España comúnmente se llaman "papas". La actitud hostil de grandes masas de indios obligó a los españoles a reembarcarse, navegando hasta Potonchám. En este lugar fueron de nuevo atacados por los indios, que les causaron tantas bajas que hubo de decidirse el retorno a la isla de Cuba, para regresar con más poderosos elementos de guerra. Las tierras descubiertas fueron llamadas Yucatán, por la abundancia de la yuca, la raíz que ya traían los españoles de Cuba, y al verla los indios decían: "yuca lati", expresando con ello que la había en su tierra. Llamó la atención a los españoles que los indios de Yucatán les llamaran "castilan, castilan", como si supiesen su origen castellano, pero este enigma no se descifró en el primer viaje.

LA EXPEDICION DE GRIJALBA

"En la sazón que se ordenaba la armada de la segunda expedición al Yucatán", dice Bernal Díaz, "hallábanse en Santiago de Cuba (aparte su persona que nunca saca indebidamente adelante), un Juan de Grijalba, un Alonso Dávila, Francisco de Montejo y Pedro de Alvarado, todos ellos hombres principales de la isla. Entre ellos se concertó que tomase cada uno de los nombrados, la dirección de cada uno de los cuatro navíos que con doscientos cuarenta "compañeros" se hicieron a la mar el 8 de abril de 1518, partiendo de Matanzas en donde estuvieron apovisionándose.

Las corrientes llevaron los navíos a la isla de Cozumel, huyendo los habitantes al acercarse los españoles. Navegando seguidamente hacia el Norte, pasaron de largo frente a Campeche y des-

embarcaron en Champotón. Acompañaban a los expedicionarios los indios capturados en el primer viaje, Julián y Melchor, cuyos esfuerzos de conciliación no dieron resultados. Apenas veían los indios comprometidos a los españoles, alejados de sus navíos, los atacaban sin piedad. En este viaje se descubrió la costa de Tabasco, penetrando Grijalba al gran río que hoy lleva su nombre. Invitados los indios de estas regiones a prestar vasallaje al Rey de España, contestó por ellos un cacique: "Que sin conocerlos ya querían darles señor". Se cambiaron, sin embargo, presentes y hubo abrazos de paz. Entre los objetos permutados, había algunos de oro, informando los de Tabasco que en el interior, en tierras de México, había abundancia de aquel metal.

Navegando hacia el Norte se adelantó el navío de Alvarado penetrando por el Papaloapan y el río que lleva su nombre. Un poco adelante, por el río que llamaron de Banderas por unas que hacían ondear los indios en la punta de sus lanzas, recibieron los españoles los primeros enviados de Moctezuma. Cambiaron con ellos oro por cuentas y los vieron rodeados de millares de guerreros. Ello no obstante, en un desembarco precario, el Capitán de Grijalba, espada en mano, tomó posesión de aquellas tierras en nombre de Su Majestad. La ironía de la escena queda en suspenso sólo porque sabemos lo que ocurrió después, cuando la efectiva conquista.

En la isla de Sacrificios, frente a Veracruz, hicieron otro alto los expedicionarios, posesionándose de ella. Derivó el nombre de tal isla, de un adoratorio que en ella hallaron con cuatro cadáveres de indios sacrificados la noche anterior. Tenían los pechos abiertos, las piernas y los brazos cortados. Tales eran los signos de la civilización azteca, tan llorada por los imperialistas modernos, escritores protestantes y arqueólogos agentes de penetración. Puestos los navíos al abrigo de la lengua de tierra de Ulúa, los soldados desembarcaron y construyeron chozas en los más altos médanos. Lo que empezaron a ver lo describe Bernal Díaz como sigue:

"Fuimos a donde estaba un ídolo muy grande y feo al cual le llamaban Tezcatepuca, y acompañándole cuatro indios con mantas prietas y muy largas, con capillas que quieren parecer a las que traen los dominicos o los canónigos. Y aquellos eran sacer-

dotes de aquel ídolo. Y tenían sacrificados de aquel día dos muchachos y abiertos por los pechos y los corazones sangre ofrecida a aquel maldito ídolo. Y aquellos sacerdotes nos venían a zahumar con lo que zahumaron aquel su Tezcatepuca porque en aquella ocasión que llegamos lo estaban zahumando con humo que huele a esencia; y no consentimos que tal zahumerio nos diesen; antes tuvimos muy gran lástima de ver muertos aquellos dos muchachos y ver tan grandísima crueldad”.

Preguntados los indios por qué hacían eso, respondieron que los de Ulúa les mandaban matar. Parecían tener arraigado el concepto de que porque otro lo manda, es legítimo matar. Y a la abyección de esta suerte de militarismo nativo, añadían el servilismo de ofrecer a los extranjeros el mismo sahumero que a sus Dioses.

No se hallaban los indios de Moctezuma en estado de guerra; el sacrificio que acababan de descubrir los españoles era parte de un ritual, obligado cada vez que se reunían las gentes para renovar su acatamiento a los enviados del monarca. En tribus y naciones se mata por necesidad de la guerra o por decisión de la justicia, pero el azteca siempre convierte en fiesta la matanza. Prevalecía tal costumbre desde el límite de la provincia hasta la capital del Imperio. Por fortuna había llegado la hora del castigo que la Providencia depara a todos los pueblos que caen en la brutalidad. Los españoles barrerían aquella barbarie, y crearían sobre los escombros una sociedad nueva.

Muchos millares de guerreros se habían juntado, pero sin atacar a los españoles; Moctezuma, aplastado por los remordimientos seculares de su casta sanguinaria, tenía la idea de que hombres extraños habían de llegar por el Oriente para castigar las iniquidades de que la raza sola ya no podía desembarazarse. Desde la partida del Quetzalcoatl legendario, enemigo de los sacrificios humanos, la nación azteca había derivado hacia la ignominia. Los pueblos esclavizados se hacían la guerra perpetua sin objeto, o más bien con el objeto de tener prisioneros para los sacrificios. Ningún otro Dios de los que ha inventado el terror de los hombres, había tenido la ocurrencia de exigir entrañas de hombre en sus altares. En todo el resto de la tierra se ha juzgado como antinatural matar, y se ha matado sabiendo que se come-

tía un crimen. Sólo el azteca mataba movido por gusto y por mandato del menguado Huichilobos. En consecuencia, vivían los aztecas poseídos de un terror que se denuncia aún en las fórmulas serviles del trato, en las reverencias complicadas, en la expresión del rostro inexpresivo y en la pobreza general abyecta.

No atreviéndose a internarse, dado el escaso contingente que llevaban, decidieron los españoles proseguir su navegación hacia el Norte, para descubrir tierras nuevas y volver a Cuba en busca de mejores recursos. En Pánuco sostuvieron los hombres de Grijalba un combate con los indios, y de allí regresaron a informar a Diego Velázquez de sus andanzas.

ENTRA EN ESCENA HERNAN CORTES

“Después que llegó a Cuba el capitán Juan de Grijalba, dice Bernal Díaz, y visto el Gobernador Diego Velázquez que eran las tierras ricas, ordenó enviar una buena armada, muy mayor que las de antes”. Aprestáronse, al efecto, hasta diez navíos y hubo discusiones largas acerca de la persona que debía mandar la nueva expedición. “Los más soldados que allí nos hallábamos, informa el siempre leal Bernal Díaz, decíamos que volviese el mismo Juan de Grijalba, pues era buen capitán y no había falta en su persona y su saber mandar”. Pero ocurrió que ciertos privados de Diego Velázquez “hicieron secretamente compañía con un hidalgo que se decía Hernando Cortés, natural de Medellín, que tenía indios de encomienda en aquella isla (de Cuba) y concertaron que se le diese a Hernán Cortés la Capitanía General de toda la armada y que partirían entre todos tres la ganancia del oro y plata y joyas de la parte que le cupiese a Cortés, porque secretamente el Diego Velázquez enviaba a rescatar y no a poblar, según después pareció por las instrucciones que de ello dió”. De todos los relatos de la época se deduce que sin la aparición de un hombre genial como Cortés, la conquista de México no se habría consumado o se habría retrasado indefinidamente. Un Diego Velázquez, preocupado nada más por el lucro inmediato, no hubiera sido capaz de resistir el primer revés. Nadie se daba cuenta, mientras la expedición final hacia México se organizaba, de que era una empresa extraordinaria, inaudita, la que

comenzaba. El mismo Cortés acaso creyó en un botín cuantioso y en buenas tierras como las de Cuba, pero no soñó que caminaba a la conquista de un vasto Imperio. Hasta aquel momento, Cortés y los suyos eran expedicionarios arriesgados, pero del tipo usual en la época; descubrían nuevas tierras, procuraban establecerse en ellas, haciendo trabajar a los indios en su beneficio y nada más. Sólo más tarde cuando Cortés se ve rechazado tras de asomarse al país azteca, cuando se ve en peligro de ser abandonado hasta por los suyos y para salvar la obra colosal que había entrevisto, destruye sus propias naves, sólo entonces comienza la verdadera epopeya. Entonces Cortés, olvidando pequeñas ventajas y planes reducidos, se sobrepasa a sí mismo y se eleva a la categoría de los grandes Capitanes de la Historia.

Mientras tanto, vemos a Cortés como un astuto aventurero que intriga para ganar el mando de una expedición ventajosa, sin que deje de aprovechar los lazos del parentesco, los intereses bastardos de explotadores y de politicastos locales. Ofreciendo mucho, reservándose únicamente la gloria de la aventura, logra Cortés ser designado, gracias a que supo firmar capitulaciones que, si le restan provechos, en cambio le otorgan plena autoridad. Y comenta Bernal Díaz, que ya publicada la elección de Cortés, "a unas personas les placía y a otras les pesaba". Y un domingo, yendo a misa Diego Velázquez, con su séquito, un truhán a quien decían "el loco", empezó a gritarle: "Oh, Diego, qué Capitán has elegido... temo no se te alce con la armada, porque todos le juzgan por muy varón en sus cosas"; y comenta Bernal Díaz: "Dicen que los locos aciertan unas veces en lo que dicen". La verdad era que los parientes del Gobernador celosos de Cortés, dieron al loco unas monedas para que así hablase, pero Diego Velázquez repuso: "Calla, borracho, que bien sabemos que esas malicias no nacen de ti". "Y verdaderamente fué elegido Hernando Cortés para ensalzar nuestra Santa Fe y servir a Su Majestad... y antes que más pase adelante, quiero decir cómo el valeroso y esforzado Hernando Cortés era hijodalgo conocido por cuatro abolenagos. El primero de los Corteses que así se llamaba su padre Martín Cortés; el segundo por los Pizarros; el tercero por los Monroys; el cuarto por los Altamiranos". "E puesto que fué", sigue explicando Bernal Díaz, "tan valeroso y esforzado y

venturoso capitán, no le nombraré de aquí adelante ninguno de esos sobrenombres de valeroso, ni esforzado ni Marqués del Valle, sino solamente Hernando Cortés; porque era tan temido y acatado fué en tanta estima el nombre de solamente Cortés así en todas las Indias como en España, como fué nombrado el nombre de Alejandro de Macedonia y entre los romanos Julio César y Pompeyo y Escipión, y entre los cartagineses Aníbal, y en nuestra Castilla Gonzalo Hernández, el Gran Capitán. Y el mismo valeroso Cortés se holgaba que no le pusiesen aquellos sublimes dictados, sino solamente su nombre”.

Apenas elegido, comenzó Cortés a proveerse de todo género de armas, escopetas, pólvora y ballesta, y se “comenzó a pulir y ataviar su persona mucho más que antes y se puso su penacho de plumas con su medalla y una cadena de oro y una ropa de terciopelo, sembradas por ellas unas lanzadas de oro, y, en fin, como un bravoso y esforzado capitán; pues para hacer estos gastos no tenía, porque en aquella sazón estaba muy adeudado y pobre, puesto que tenía buenos indios de encomienda, y sacaba oro de las minas; mas todo lo gastaba en su persona y en atavío de su mujer, que era recién casado, y en algunos forasteros huéspedes que se le allegaban porque era de buena conversación y apacible, y había sido dos veces Alcalde en la villa de San Juan de Baracoa”. . . . “Y unos mercaderes amigos suyos le vieron con aquel cargo de Capitán General y le prestaron cuatro mil pesos de oro y le dieron otros cuatro mil en mercaderías sobre sus indios y hacienda y fianzas. Y luego mandó hacer Cortés dos estandartes y banderas labradas de oro con las armas reales e una cruz de cada parte, con un letrero que decía: “¡Hermanos y compañeros! Sigamos la señal de la Santa Cruz con fe verdadera y con ella venceremos”. “Y luego mandó dar pregones y tocar trompetas y atambores en nombre de Su Majestad y en su real nombre Diego Velázquez, y él por su Capitán General para que cualesquier persona que quisiesen ir en su compañía a las tierras nuevamente descubiertas a las conquistar y poblar, les darían sus partes de oro y plata y riquezas que hubiere y encomiendas de indios después de pacificadas”. . . .

En tales arreglos se hallaba cuando Cortés tuvo la noticia de que se seguía intrigando para hacer que Velázquez le retirase

el mando, por lo que decidió embarcarse cuanto antes, y así, después de oír todos misa, el mismo Velázquez lo fué a despedir al puerto. "Dejando atrás a Santiago llegó la Armada a la villa de La Trinidad donde se detuvo para seguir aprovisionándose. En las casas que Juan Grijalba poseía en dicho lugar, se hospedó Hernán Cortés y allí se le agregaron Pedro de Alvarado y Alonso de Avila, antiguos compañeros de Grijalba, y Cristóbal de Olid, el muy esforzado que fué maestre de campo en las guerras mexicanas, y Ortiz el músico y un Alonso Rodríguez que tenía unas minas ricas de oro; Gaspar Sánchez y otros hidalgos que no me acuerdo sus nombres y todas personas de mucha valía"... Continúan los preparativos y tenían ya once navíos y todo se les hacía prósperamente: "Gracias a Dios por ello", pero súbitamente envió Diego Velázquez cartas y mandamientos para que "le detengan el armada a Cortés y le envíen preso".

Acusaban a Cortés sus enemigos de que ya andaba alzado contra Velázquez. No hubo, sin embargo, quien cumpliera la orden de prenderlo, pues ya todos los principales de la villa se habían aliado al Capitán General. Este lejos de proclamar su rebeldía, mandó emisarios que apaciguasen a Velázquez y partió con sus buques para la Habana, con el objeto de recoger elementos de guerra que consideraba indispensables. En la Habana se le juntó a Cortés el mismo Francisco de Montejo, que ya había estado en Yucatán y después fué Adelantado y gobernador de aquella provincia; también Diego de Soto, mayordomo de Cortés en lo de México, "y otras personas de calidad"; y cuando Cortés vió todos aquellos hidalgos juntos, se holgó en gran manera y luego envió un navío a cargar cazabe y tocino, y como Capitán del navío envió a Diego Ordaz, mayordomo de las haciendas de Velázquez, y lo hizo para apartarlo de sí, porque no se mostró mucho en su favor cuando las contiendas sobre quién sería Capitán. Por artillería llevaba Cortés diez tiros de bronce y ciertos falconetes y dió cargo de ello a un artillero que se decía Mesa. Por conducto del fraile Bartolomé de Olmedo, que era de su equipaje, se mantenía al corriente Cortés de las órdenes que seguía dando Velázquez, más alarmado ahora que antes, porque no habían querido prenderle a Cortés en La Trinidad. En la Habana, a todos los más que había escrito el Diego Velázquez,

ninguno le acudía a su propósito antes todos a una se mostraban por Cortés; "el teniente Pedro Barba muy menor y además de esto los Alvarados y Alonso Hernández y Francisco Montejo y Cristóbal de Olid, etc. Por manera que si en la villa de La Trinidad se disimularon los mandamientos de Velázquez, más y mejor se callaron en la Habana y el mismo Barba escribió a Velázquez que no osó prender a Cortés porque estaba muy pujante de soldados, en que hubo temor no metiesen a sacomano la villa y la robasen y embarcase todos los vecinos y se los llevase consigo, e que, añadía para consolar a Velázquez, tengo entendido que Cortés era su servidor". Y el propio Cortés escribió "al Velázquez con palabras tan buenas y de ofrecimiento que lo sabía muy bien decir, e que otro día se haría a la vela y que le sería servidor". Y agrega en un aparte Bernal Díaz: "No hicimos alarde hasta la isla de Cozumel". De Cuba salieron el diez de febrero de 1519, los once navíos, menos el de Alvarado, que se había adelantado.

Y lo primero que hizo Cortés en Cozumel fué mostrar mucho enojo porque Pedro de Alvarado robaba sus gallinas a los indios y sus ídolos. Y "mandó traer a los indios y con el intérprete Melchor, porque Julián ya se había muerto, mandó que llamasen a los caciques del pueblo y que no tuviesen miedo y les devolvió el oro y los paramentos, y por las gallinas que ya se habían comido, les mandó dar cuentas y cascabeles, y más, dió a cada indio una camisa de Castilla. En esta isla comenzó Cortés a mandar muy de hecho y Nuestro Señor le daba gracia, por doquiera que ponía la mano se le hacía bien, especial en pacificar los pueblos".

La primera revista militar la mandó hacer Cortés en Cozumel a los tres días de llegados todos los barcos, para saber qué tantos soldados llevaba "y halló por su cuenta que éramos, dice Bernal Díaz, quinientos y ocho sin maestros y pilotos y marineros que serían ciento, y dieciséis caballos y yeguas, once navíos grandes y pequeños, y treinta y dos ballestas y trece escopeteros y tiros de bronce y cuatro falconetes y mucha pólvora. Y como Cortés en todo ponía gran diligencia, me mandó llamar a mí y a un vizcaíno que se decía Martín Ramos, y nos preguntó qué sentíamos de aquellas palabras que nos hubieran dichos los indios

de Campeche cuando venimos con Francisco Hernández de Córdoba que decían "castilan, castilan" y dijo haber pensado muchas veces que por ventura estarían algunos españoles en aquella tierra. Y comenzó a indagar y todos los caciques dijeron haber conocido a unos españoles que a dos jornadas tierra adentro, tenían de esclavos unos caciques. En seguida los mandó Cortés rescatar, enviando por ellos presentes y a los prisioneros puso carta que decía: "Señores y hermanos: Aquí en Cozumel, he sabido que estáis en poder de un cacique detenidos, y os pido por merced que luego os vengáis aquí, a Cozumel, que para ello envío un navío con soldados, si los hubiésedes menester, y rescate para dar a esos indios con quien estáis; y lleva el navío de plazo ocho días par os aguardar; veníos de todo brevedad; de mí seréis bien vistos y aprovechados; yo quedo en esta isla con quinientos soldados y once navíos y en ellos voy, mediante Dios, la vía de un pueblo que se dice Tabasco o Potonchán"...

Llegó la carta a manos del prisionero Jerónimo de Aguilar, que mediante el rescate obtuvo del cacique licencia para repartir; mas antes se dirigió a su compañero Gonzalo Guerrero establecido en otro pueblo a cinco leguas, y como le leyó las cartas. el Gonzalo Guerrero les respondió: "Hermano Aguilar: yo soy casado y tengo tres hijos y tiénneme por cacique y capitán cuando hay guerras; íos vos con Dios que yo tengo labrada la cara y horadadas las orejas. Que dirán de mí estos españoles desde que me vean ir de esta manera. E ya véis éstos mis hijitos cuán bonitos son. Por vida vuestra que me déis de esas cuentas verdes que traéis para ellos y diré que mis hermanos me las envían de mi tierra". Y asimismo la india, mujer de Gonzalo, pidió a Aguilar que se retirase. Pero Aguilar insistía con su compañero, diciendo que recordase era cristiano, que por una india no perdiese el ánimo, y si por mujer e hijos lo hacía, que los llevase consigo, pero por más que dijo, Guerrero no quiso venir, y parece que era natural de Palos"

Mientras estaban en espera de los prisioneros, empezaron a llegar muchos indios en romería a la isla de Cozumel, todos vecinos de Yucatán. Y había en Cozumel ídolos de muy disformes figuras. "Y una mañana un patio donde estaban los ídolos estaba lleno de muchos indios e indias quemando resina... Y se

subió encima de un adoratorio un indio viejo, con mantas largas el cual era sacerdote de aquellos ídolos y comenzó a predicar un rato. Y Cortés preguntó a Melchor qué contenía aquella plática y supo que les predicaba cosas malas. Mandó Cortés llamar al cacique y al mismo papa o sacerdote y les dió a entender que si querían ser nuestros hermanos, que quitasen de aquella casa aquellos sus ídolos que eran malos y les hacían errar y no eran dioses. . . Y les dió a entender otras cosas santas y buenas y que pusiesen una imagen de Nuestra Señora que les dió y una cruz. . . Y los ídolos mandó que los despedazásemos y los echásemos a rodar gradas abajo y así se hizo". Más sabrosa relación no la hay en ninguna literatura ni Capitán más penetrado que Cortés de los valores del espíritu, ni puede haber mejor servicio que reemplazar la más baja idolatría con la más alta fe conocida.

Partió Cortés de Cozumel, pero como tuviese que regresar por daños en un navío, mostró mucho enojo, porque los que habían quedado atrás no esperaron a los prisioneros, cuyo rescate se gestionaba. Nuevamente inició Cortés gestiones para salvarlos. Al preocuparse de este modo por la suerte de dos compatriotas humildes, Cortés sentaba el precedente de uno de los principios del imperialismo, que es levantar a la estimación general el valor de una vida humana, particularmente la vida de uno de los suyos. Cuando Kipling habla del blanco de su raza como de un elegido, entre asiáticos y polinesios, no hace, en realidad, sino parodiar a Cortés que, por dos españoles oscuros, tuvo detenida su expedición dos veces. En cambio, el bárbaro desprecia al humilde y procura salvarse solo. Compárese este sentimiento humanitario de Cortés con el desprecio que cualquier Moctezuma azteca sentía por un plebeyo.

Llegó, por fin, Jerónimo de Aguilar, el prisionero, y contó ser natural de Ecija y que "tenía órdenes de Evangelio y que hacía ocho años que se habían perdido él y otros quince hombres y dos mujeres que iban desde el Darién a la isla de Santo Domingo, cuando hubo diferencias y pleitos de un Enciso y un Valdivia; y que en un batel del navío se metieron él y sus compañeros y las corrientes los echaron en aquella tierra donde fueron repartidos unos como esclavos y a otros los habían sacrificado a los ídolos, y las mujeres de trabajo se murieron, porque las ha-

rían moler. Y que él se huyó y se amparó en el cacique con quien estaba y tenía entendido que los indios hicieron la guerra a los españoles de la expedición de Hernández de Córdoba, por consejos del mismo compañero suyo, Guerrero, que no quería que los descubriesen porque estaba deformado”.

Anexado a la expedición Aguilar como intérprete, se dirigieron todos al río Grijalba. Allí, tras de sangriento combate, Cortés tomó posesión de la tierra en nombre de Su Majestad. Después de la batalla y según su costumbre, Cortés se mostró magnánimo, mandó reunir a los caciques y les propuso paces y hubo intercambio de presentes, tales como diademas de oro y figurillas de animales y ciertas telas, pero, observa Bernal Díaz, “no fué nada todo este presente en comparación de veinte mujeres y entre ellas una muy excelente mujer que se dijo Doña Marina, que así se llamó, después de vuelta cristiana”.

Cortés recibió todo con alegría y en seguida mandó que se poblase la comarca y se estableciesen en ella los indios después de dejar sus ídolos; y tras de instruirlos en la fe, con cuyo objeto hizo construir un altar bien labrado. “Y se puso en el altar la imagen de nuestra Señora y la Cruz; y púsose por nombre aquel pueblo Santa María de la Victoria”. Las indias las repartió Cortés entre sus capitanes, después de bautizarlas y convertirlas, observa Bernal Díaz, en las primeras cristianas del Nuevo Mundo. Y Doña Marina le tocó a Alonso Hernández Puerto Carrero que era buen caballero, siendo ella misma gran cacique e hija de grandes caciques, según lo parecía en su persona.

EL CONFLICTO DE DOS MUNDOS

Como por su casa entró el piloto Alaminos detrás de la isla de Sacrificios y a orillas de Ulúa, que bien recordaba de la otra expedición. En los médanos que circundan el puerto levantó Cortés unas chozas de madera, cubiertas con mantas por los indios que se aprestaron a servirle. Llegaron al día siguiente enviados de Moctezuma con presentes y un grupo de dibujantes equivalente de periodistas que tomaron el retrato de Cortés, y vistas de sus compañeros en acción, sus navíos, sus caballos, para llevarlo todo al inquieto monarca de Anáhuac. Hizo Cortés levantar un

gran altar y mandó celebrar misa cantada a la cual asistieron los enviados de Moctezuma. Les entregó después presentes para el Monarca que dijo, quería ver en seguida. Esta pretensión ofendió un poco a los indios, habituados a muchos rodeos y antesalas cuando se trataba de la autoridad. Y a fin de que los pintores se diesen gusto, mandó Cortés que Pedro de Alvarado y todos los de a caballo se aparejasen para que los viesan correr de dos en dos. También para que viesan salir los tiros, mandó llamar Cortés a muchos principales y puso fuego a las lombardas y "fueron las piedras por los montes retumbando con gran ruido y los gobernadores y todos los indios se espantaron de cosas tan nuevas para ellos".

En la Corte de Moctezuma la curiosidad se aliaba con el temor. ¿Cómo eran aquellos hombres blancos? ¿Y, por ventura, sus estampas correspondían a la majestad de la leyenda que predecía la llegada de guerreros poderosos? ¿O se trataba de simples aventureros en busca de granos de oro, cuya codicia se podía saciar? ¿Sería verdad, como lo aseguraban los de Tabasco, que aquellos castellanos eran terribles en el combate? Y es de creerse que al examinar los retratos que de Cortés hicieron los pintores de la corte, los principales guerreros aztecas, tipos feroces de desorejadores, sonreírían con desdén. En los ojos de Cortés había inteligencia y aunque su gesto era grave, se hallaba templado con la bondad. Ninguno de los atributos de la bestia carnícora, ninguno de los rasgos torvos del homicida, sellaban aquel semblante como de uno que tiene una profesión matar hombres. No era Cortés de gran talla y su cara como de escribano de provincia, no era para aterrorizar a salvajes. Aquella frente despejada era de intelectual más que de guerrero, según el criterio de los militares aztecas que aun creyeron hallar entre los cortesanos, uno que se parecía al Capitán extranjero y con intención burlesca lo nombraron jefe de la misión que partía para Veracruz. Se trataba de un sujeto despreciable llamado Quintalbor y en burla empezaron a llamarle "el Cortés". "Cortés por acá, Cortés acullá", según dice Bernal Díaz. Pero como sorna aparte, padecían el temor, se previnieron haciendo que el Rey de burlas portase valiosos regalos.

Mientras iban y venían enviados, Cortés buscaba un punto más seguro para sus barcos, un clima menos inclemente para sus tropas. Al efecto, mandó a Montejo a recorrer la costa norte, pasando en ello varios días. Unos indios trajeron a vender gallinas. Y el Gobernador de la comarca, Pitalpitoque, establecido en una chozas apartadas de las de los españoles, permitió que unas indias les hicieran pan de maíz y a Cortés lo proveían de fruta y pescado. Los soldados en cambio tenían que cambiar sus cuentas para conseguir alimentos. A los seis o siete días regresaron los enviados de Moctezuma con más de cien indios cargados. El principal besó la tierra cuando estuvo en presencia de Cortés, y a sus auxiliares los sahumaron con braseros de barro que traían. Y Cortés les mostró mucho amor y "sentólos cabe sí" Y después del parabién y muchas pláticas, mandó el enviado indio sacar el presente que Bernal Díaz describe insuperable como sigue:

"Encima de las esteras que llaman petates lo primero que dió fué una rueda de hechura de sol, de oro muy fino que sería tamaña como una rueda de carreta, con muchas maneras de pinturas, gran obra de mirar, que valía, a lo que después dijeron que la habían pesado, sobre diez mil pesos y otra mayor rueda de plata figuraba la luna y con muchos resplandores y otras figuras en ella y de gran peso, y un casco lleno de oro en granos chicos" —el casco de un soldado español que Cortés había pedido le llenasen con muestra del oro nativo. "Aquel casco", dice Bernal Díaz "tuvimos en más por cierto que había buenas minas... y más, trajo veinte ánades de oro, muy prima labor y muy al natural, e unos como perros de los que entre ellos tienen, y muchas piezas de oro de tigres, leones y monos, y diez collares hechos de una hechura muy prima e otros pinjantes, y doce flechas y un arco con su cuerda, y dos varas como de justicia de largor de cinco palmos... Y luego mandó traer penachos de oro y de ricas plumas verdes e otras de plata y aventadores de lo mismo después venados de oro, sacados de vacadizo... Y luego, mandó traer sobre treinta cargas de ropas de algodón tan prima y de muchos géneros de labores y de pluma de muchos colores, que por ser tantas no quiero en ellos meter la pluma, porque no lo sabré escribir... Y dijo que el gran cacique Cortés, que recibía aquello con la gran voluntad de su señor que lo envía". Y como

Cortés inquiriese sobre la visita que deseaba hacer a Moctezuma, los enviados dijeron que "entre tanto estuviesen en el puerto los españoles, los servían de buena voluntad, pero que de las visitas que no curasen de ellas".

Dió las gracias Cortés pero insistió en que quería visitar a Moctezuma y a los enviados que regresaban, les encomendó también presentes para Moctezuma, que Bernal Díaz describe, expresando: "De la pobreza que traíamos, escogió Cortés una copa de vidrio de Florencia, labrada y dorada con muchas arboledas y monterías que estaban en la copa, y tres camisas de Holanda y otras cosas".

El cacique Pitalpitoque aflojó de tal manera en lo de traer comida, que los españoles sufrieron "falta de mantenimiento". El cazabe amargaba de mohoso y podrido y "si no íbamos a mariscar no comíamos". Y los indios ya no acudían ni a comerciar. Y tornaron a venir los enviados de la capital azteca con más presentes, pero con encargo preciso de decir a Cortés que ya no enviara más mensajes porque no le quería ver Moctezuma.

Entonces Cortés, astutamente y como para no aparecer forzándolos a su arriesgada empresa, se quejó con los soldados de que no los dejaba pasar el monarca azteca: "Debe ser gran señor y rico", insinúa Cortés y le responden los soldados: "Ya queríamos estar envueltos con él". Y relata Bernal Díaz: "En aquella sazón era hora del Ave María, y en el real teníamos una campana, y todos nos arrodillamos delante de una cruz que teníamos puesta en un médano de arena, y delante de aquella cruz, decíamos la oración del Ave María. Y como los caciques Hendile y Pitalpitoque nos vieron así arrodillados, como eran muy entendidos, preguntaron a qué fin nos humillábamos delante de aquel palo hecho de aquella madera, y Cortés le dijo al fraile: "Bien es ahora, padre, que hay buena materia para ello, que les demos a entender con nuestras lenguas —los intérpretes—, las cosas tocante a nuestra Santa Fe". Y así se hizo y se les dijo que sus ídolos eran malos y que nuestro Señor Dios verdadero que se dice Jesucristo, quiso sufrir y pasar por aquella muerte para salvar el género humano, y que resucitó al tercer día y está en los cielos y que habremos de ser juzgados de él. Y se les declaró, para que lo repitiesen a su señor Moctezuma, que nuestro gran

Emperador nos envía a estas partes para quitar que no sacrificasen ningunos indios, ni otra manera de sacrificios malos que hacen, ni se robasen unos a otros, ni adorasen aquellas malditas figuras, y que les ruega que pongan en su ciudad y en los adoratorios en donde están los ídolos, una cruz y una imagen de Nuestra Señora”.

Mientras así hablaba a los indios, a los soldados los dejaba Cortés rescatar o sea cambiar cuentas por oro, sin pedirles razón por lo que los amigos de Velázquez, que se hallaban en la expedición, reclamaban y exigían que se tomase nota para apartar el quinto del Rey. Cortés disimulaba el tráfico de los soldados y se holgaba de él, porque lentamente su influencia personal crecía sobre la tropa, a la vez que a ésta se le despertaba la ambición.

Y el choque de indios y españoles se hizo inevitable. “Parece ser, opina Bernal Díaz, que Moctezuma rehusó más pláticas porque era muy devoto de sus ídolos que se decían Texcatepuca y Huichilobos, el uno Dios de la Guerra, y el otro del infierno, y les sacrificaba cada día muchachos para que le dieran respuesta de lo que debería hacer con nosotros. Y Moctezuma resolvió que si no tornaban a marcharse los españoles en sus navíos, a todos los había de sacrificar a sus Dioses”.

Bajo la exterioridad de las pláticas y los trueques comerciales los combates se preparaban. Un conflicto decisivo para el futuro de la raza mexicana exigía solución armada. El triunfo español crearía una era nueva y aumentaría una nación a la cultura del planeta. Si Moctezuma hubiese vencido, la crueldad, la brutalidad más espantosa hubiesen seguido deshonorando esta tierra que hoy es, o podría ser, nuestra. En cambio, si los españoles vencían, quedaríamos incorporados a una fracción creadora de la humanidad, colaboradores de uno de los pueblos más ilustres de todos los tiempos. Con razón, los dioses malos del imperio azteca se mostraban irritados, exigían más víctimas. No les bastaba considerar que eran casi seis millones de indios y no pasaban de seiscientos los españoles. Nunca dioses crueles supieron inspirar guerreros capaces, por fortuna para la moral. Nada es más débil que la fuerza empleada en oprimir. A la primera oportunidad los oprimidos descubren que la traición asume aspectos de liberación.

Y hallándose Cortés colocado entre la amenaza de Moctezuma y la exigencia de los del partido de Diego Velázquez que ansiaban el regreso, conformes ya con el botín alcanzado, llegaron unos enviados que describe Bernal Díaz como sigue:

“Traían unos grandes agujeros en los bozos de abajo, y en ellos unas rodajas de piedra pintadillas de azul, y otros con unas hojas de oro delgadas, y en las orejas muy grandes agujeros, en ellas puestas otras rodajas con oro y piedras, y muy diferente traje y habla que la de los mexicanos. Explicaron los recién llegados que habían tenido noticia de lo de Tabasco, cuando Cortés dió su primera batida formal a los indios y de plática en plática informaron cómo tenía Moctezuma enemigos y contrarios”, de lo cual Cortés se holgó y con dádivas y halagos despidió a los mensajeros instándolos a que dijesen a su Señor que muy pronto iría él a verlo.

El propósito de Cortés no era regresar a Cuba en condiciones parecidas a las de Grijalba. Su genio le hacía ver posibilidades sin cuento en aquella extraña tierra, rica y debilitada por la barbarie y la discordia, pero ¿contaría con sus soldados? ¿Lograría imponerse a los amigos de Diego Velázquez, que eran numerosos en su misma tropa e insistían en regresar conformes ya con el oro rescatado, indiferentes al plan de ganar un reino? Los del partido de Cortés, que eran Pedro de Alvarado, Francisco de Montejo, Cristóbal de Olid y el propio Bernal Díaz, corrían la voz de que era conveniente proclamar jefe a Cortés como representante de Su Majestad eliminando de esta suerte al Gobernador Velázquez. Los de Velázquez exigían el reembarque, y Cortés se dió la satisfacción de hacerse rogar que aceptara el nuevo mando. Lo aceptó, a condición de que le diesen cargo de Justicia Mayor y Capitán General. “Y lo peor de todo”, reflexiona Bernal Díaz, “que le otorgamos que le diésemos el quinto del oro que se hubiese, después de sacado el quinto real. Y delante de un escribano le dimos poderes. Y luego ordenamos de hacer poblar y fundar la villa que se nombró la Villa Rica de la Veracruz, porque llegamos jueves de la cena y desembarcamos en Viernes Santo de la Cruz”. Se procedió en seguida a la elección de Alcaldes y Regidores, siendo los primeros electos Alonso Hernández Puerto Carrero, el marido de Doña Marina, y Francisco

de Montejo, más tarde Adelantado de Yucatán. Así, democráticamente y como cumple a hombres libres, se crearon las primeras autoridades legítimas del continente. Las que existían en los territorios de los nativos lo eran de hecho y se apoyaban en el terror de los sacrificios humanos, el desorejamiento de los prisioneros. El Municipio de Veracruz, creado antes de que los españoles impusiesen su dominio militar sobre el país, he ahí el origen de nuestras instituciones civilizadas que hasta la fecha siguen luchando para perdurar sobre la regresión azteca de los militarismos reinantes, apoyados en el terror del fusilamiento de los prisioneros de la guerra civil. La fundación del Municipio de Veracruz debiera ser la efemérides central de nuestras celebraciones cívicas; en las escuelas de la nación, debería recordarse cada año esa fecha como símbolo de nuestra aspiración a una plena vida civilizada.

UNA TACTICA MORBOSA

Constantemente muestran su sorpresa los historiadores ante la casi increíble hazaña del puñado de españoles que logra conquistar millones de guerreros en territorios desconocidos; pero lo cierto es que nunca estuvieron opuestos con más claridad y violencia los dos métodos de la convivencia humana más contradictorios: el de la conservación de la vida y el de su destrucción. Las huestes de Cortés distaban mucho de hallarse unidas; la discordia armada tenía ya inquietos a los audaces aventureros tanto que en la primera excursión al interior que consumó Alvarado, se evitó utilizar a los de Velázquez. Otros de ellos tuvieron que quedar presos en Veracruz. La diferencia es, sin embargo, capital; los enemigos de Cortés estaban presos; esposados y en cadenas, pero seguros en sus vidas; en la primera oportunidad, un barco los devolvería a su España o un perdón les reintegraría su libertad. En cambio, los enemigos de Moctezuma estaban siendo asesinados por centenares en aquellos precisos momentos de peligro. En los instantes en que cualquier pueblo civilizado, ante la amenaza extranjera, decreta la amnistía y reúne en hermandad a todos los hijos del mismo suelo, los aztecas, en desenfreno suicida, multiplicaban los sacrificios y las medidas de terror, tal y

como nosotros los mexicanos hemos solido hacer en guerra extranjera. Lo que perdió a los aztecas fué el rito de Huichilobos, la matanza por gusto, el sacrificio irreflexivo del semejante, la estúpida creencia de que el dios de la guerra da el triunfo a los brutos, cuando aun en la guerra, la ley de conservación de la especie determina que sea siempre el poder más humano, el que asegura a la postre la victoria. Nos cuenta en efecto, Bernal Díaz, que por todos los pueblos donde llegaba Alvarado, acompañado de sólo cien hombres, los indios emprendían la huida, pero eso sí, antes de huir, dejaban huella, como la de esos cabecillas que todavía reviven periódicamente, huella de asesinatos y atropellos en mujeres y niños. En todos los pueblos hallaba Alvarado sacrificados en los cúes o altares, hombres y muchachos. Las paredes, los altares y los ídolos se bañaban en la sangre de los corazones presentados en imbécil holocausto. Dice Bernal Díaz: "En cada pueblo no hallábamos otra cosa. Algunas veces los brazos y las piernas habían desaparecido y los indios que se habían quedado atrás, explicaban que se las habían llevado para comer".

De su corta expedición regresó Alvarado con algún bastimento para socorrer a los hombres que en Veracruz pasaban hambres, y Bernal Díaz comenta: "Nos holgamos con aquel poco bastimento que trujo, porque todos los males e trabajos se pasan con el comer".

* Para cuando regresó Alvarado, ya Cortés con dádivas y buenas promesas, se había atraído a los de Velázquez, los había libertado de la prisión, los había ganado para su causa. Entretanto en México, el Gran Moctezuma ordenaba sacrificios en todos los barrios de la ciudad hasta que la sangre corría a chorros por los embaldosados. No hace falta sino leer con cuidado, para comprender cuál ejército era el que a la larga tenía que triunfar. Y no hace falta sino ser hombre, para simpatizar sin reservas con la aventura libertadora de los españoles. Vengadora, además, no sólo de los indios sacrificados, sino del poder satánico que se había apoderado de los mexicanos desde la expulsión de Quetzalcoatl, el civilizador, o sea desde que se apoderaron del mando los asesinos.

EL EJEMPLO DE CEMPOALA

Decidió Cortés visitar al cacique de los totonacas, animado por la información que le habían dado los mensajeros de estar todo aquel pueblo disgustado con los abusos de Moctezuma. Con las precauciones del caso, avanzó con su artillería por delante y los jinetes y escopeteros, pero no fué necesario combatir. El cacique de Cempoala, que Bernal Díaz llama "el gordo", porque apenas se podía mover, los recibió con agrado, les hizo servir comida y les deparó buenos alojamientos en casa espaciosa, blanqueada por dentro y por fuera. A unos soldados que habían robado gallinas, Cortés los amonestó y ordenó que devolviesen todo a sus dueños y que a nadie hiciesen daño. El cacique gordo y sus gentes no cesaban de quejarse de Moctezuma a lo que Cortés observó que, precisamente, él venía a nombre de un señor muy poderoso, el Emperador don Carlos, para "desagraviar y quitar tiranías". Para obsequiar a los extranjeros, que así les ofrecían protección, y a fin de consumir la hermandad pactada, hicieron presente los indios de veinte doncellas para Cortés y sus capitanes. Le tocó a Cortés una muy fea que después se llamó Doña Catalina y que era sobrina del cacique gordo y señora de muchos vasallos. Y no las recibieron los españoles antes de que se bautizaran y se hicieran cristianas. También previno Cortés a los indios, que antes de poder tratarlos como a hermanos, era menester que no tuvieran aquellos ídolos que los traen engañados "y que también habían de ser limpios de sodomías, porque tenían muchachos vestidos en hábitos de mujeres que andaban a ganar en aquel maldito oficio, y cada día sacrificaban delante de los españoles cuatro o cinco indios, y los corazones los ofrecían a sus ídolos y la sangre pegaba por las paredes, y cortábanles las piernas y los brazos y muslos y los comían como vaca que se traen de las carnicerías en nuestras tierras, y aun tengo entendido que los vendían por menudo en los "tianguis"... "Que así que se quiten estas maldades, seremos amigos"... Pero los indios principales respondieron que no les estaba bien dejar sus ídolos y sacrificios; y que sus ídolos les daban salud y buenas sementeras. "Y como Cortés y todos nosotros", sigue diciendo Bernal Díaz "vimos aquella respuesta tan desacatada y habíamos visto tantas

crueldades y torpedades no las pudimos sufrir. Entonces nos habló Cortés sobre ello y nos trujo a la memoria unas buenas y muy santas doctrinas, y que cómo podíamos hacer ninguna cosa buena si no volvíamos por la honra de Dios y en quitar los sacrificios que hacían de los ídolos y que estuviésemos muy apercebidos para pelear si nos viniesen a defender que no se los derrocásemos y que aunque nos costase las vidas, en aquel día habían de venir al suelo".

Y una vez que sus hombres estuvieran dispuestos, dijo Cortés a los caciques, que habían de derrocar los ídolos. El cacique gordo y otros se apercebieron con muchos guerreros en defensa de sus ídolos, y volvemos a dejar el relato a Bernal Díaz: "Desde que queríamos subir a un alto cúe que es su adoratorio, que estaba alto y había muchas gradas, que ya no se me acuerda qué tantas eran, vino el cacique gordo con otros caciques muy alborotados y sañudos y dijeron a Cortés que por qué les queríamos destruir y que si les hacíamos deshonor a sus dioses o se los quitábamos, que todos ellos perecerían y aun nosotros con ellos. Y Cortés les respondió muy enojado que otras veces les ha dicho que no sacrifiquen a aquellas malas figuras porque no les traigan más engañados y que a esta causa les veníamos a quitar de allí, y que si no los quitasen ellos, los echaríamos a rodar por las gradas abajo y les dijo que no los tendríamos por amigos, sino por enemigos mortales, pues que les daba buen consejo y no lo quieren creer y porque ha visto que han venido sus capitánias puestas en armas de guerrero, que está enojado de ellos y que se lo pagarían con quitarles la vida. Y desde que vieron a Cortés que les decía aquellas amenazas, dijeron que si nosotros los queríamos derrocar, no era con su consentimiento, que se los derrocásemos e hiciéremos lo que quisiésemos. Y no lo hubo bien dicho, cuando subimos sobre cincuenta soldados y los derrocamos y vinieron rodando aquellos sus ídolos hechos pedazos, y eran de manera de dragones espantables, tan grandes como becerros y otras figuras de manera de medio hombre. Y cuando así vieron los ídolos hechos pedazos, los caciques y papas lloraban y se tapaban los ojos y en su lengua totonaca pedían a los ídolos que los perdonasen y que por temor de los mexicanos no daban guerra a los españoles".

Algunos guerreros, sin embargo, quisieron flechar a los españoles, pero Cortés se apoderó del cacique gordo y otros principales, y esto evitó el conflicto. Acto continuo, Cortés hizo despedazar los ídolos y los pedazos los hizo quemar y "salieron de su aposento los papas que tenían cargo de aquellos ídolos, vestidos con mantas prietas como sotanas y el cabello largo pegado de sangre humana coagulada y las orejas hechas pedazos, y hedían como azufre y tenían otro muy mal olor como de carne muerta; y según alcanzamos a saber, aquellos papas eran hijos de principales y no tenían mujeres, mas tenían el maldito oficio de sodomía. Y Cortés los hizo rapar y vestir de limpio y les encomendó el cuidado del altar que en seguida se construyó, y en él se puso la Cruz, con una imagen de Nuestra Señora". En seguida, una misa purificó el ambiente.

Pocos episodios hay en la historia universal más sublimes. En aquel momento, Cortés se jugó el éxito todo de su empresa para ser consecuente consigo mismo, leal a su convicción profunda, que le dijo: ¿Cómo puede venir nada bueno si no volvemos por la honra de Dios, es decir, si no cumplimos en seguida con nuestro deber de cristianos y de civilizadores? Y el que ya andaba de Quijote desagráviando los abusos de Moctezuma, cuando ni siquiera sabía si podría defenderse a sí mismo, subió a la categoría de reformador y ganó para el espíritu la más importante de las batallas. Allí mismo quedó derrotado Huichilobos, y restablecido el expulsado Quetzalcoatl, y vengado el agravio hecho a la humanidad con aquellos sacrificios. A partir de este instante valiente, por donde pisaron los españoles, se acabaron los sacrificios humanos y se liquidó una era inicua de México, gracias al arrojo, la decisión heroica de un grupo de extranjeros. También, en ese mismo instante, los extranjeros que así obraban tomaron posesión del territorio con el derecho que da la civilización sobre la barbarie, la moral contra el crimen. Donde quiera que la especie humana degenera hacia el matonismo, emerge una necesidad de venganza y se hace bendita cualquier intervención que ponga término al régimen de la matanza.

En el caso de Cempoala se pone de manifiesto la superioridad de Cortés sobre los otros grandes capitanes de la historia. Donde Cortés se jugó su destino a la sola carta de la moral ele-

vada, sus predecesores habrían obrado más o menos como sigue: Alejandro, el vanidoso, habría dicho a los indios: Habéis de adorar a mí, junto con vuestros ídolos viejos. César, el escéptico, se habría alzado de hombros ante los sacrificios humanos, y tal vez habría pensado: Mejor, así acabarán pronto unos con otros los de esta casta despreciable. Bonaparte, el histrión, se hubiese puesto el manto de los sacerdotes aztecas, como se puso el de los Califas de Mahoma, sólo Cortés salió a pelear por los fueros del espíritu, con riesgo de la finalidad práctica de su empresa. Venció a la realidad y creó una nueva práctica. Sentó las bases de un México nuevo.

LA CALUMNIA DEL ORO

Durante todo el tiempo que hemos vivido bajo la influencia moral de los extraños, los autores han coincidido en afirmar que la sed del oro era el impulso dominante de los españoles de la conquista a quienes, en consecuencia, se presenta como hombres rudos y codiciosos, que una inmerecida buena fortuna llevó a consumir hazañas que ni los más envenenados censores dejan de calificar como extraordinarias. En los tiempos en que escribió Bernal Díaz su historia, nadie había lanzado aún por el mundo esta especie injusta; en las palabras del historiador no hay, por eso mismo, ningún empeño de sincerarse de cargos que no existían aún. Sin embargo, con la sencillez y la veracidad más crudas, Bernal Díaz reconoce que andaban "en busca de oro que rescatar" es decir, qué cambiar por cuentas y objetos varios. Precisamente, de esta franqueza varonil, se han servido los enemigos de España, como prueba de sus cargos, pero maliciosamente se callan los móviles sublimes de la incomparable aventura. En cambio, no se descubre móvil alguno elevado en los piratas ingleses que vinieron después, miembros de la nobleza no pocos de ellos, que a falta de oro que trabajar, se dedicaban al saqueo de indefensas ciudades. Repetidamente, Bernal Díaz habla de los presentes en oro y de las esperanzas que todos llevaban de encontrar ricas minas de este metal. Pero al mismo tiempo, y sin propósito de excusar ni de alabar a nadie, el mismo Bernal Díaz nos cuenta de cómo, queriendo adelantarse a las acusaciones que Veláz-

quez mandaría a la Corte en contra de Cortés, decidieron, todos los que lo habían hecho Capitán en Veracruz, mandar a Su Majestad cartas explicativas, acompañadas del presente usual en esos casos. Y, al efecto, resolvieron los principales *deshacerse de todo el oro que llevaban ganado*, a fin de reunir cantidad digna; pero como no existía entre ellos autocracia por virtud de la cual el jefe o los jefes se llevan todo y los soldados apenas reciben un engaño, democráticamente, como procedían en todo, iniciaron una colecta. Y como el oro se hallaba muy repartido entre los soldados que más empeño habían puesto en lograrlo, fué preciso acudir a todos en los términos siguientes: "Señores (dirigiéndose a los soldados): ya véis que queremos hacer un presente a Su Majestad; y para ser el primero que enviamos de estas tierras, había de ser mucho más; paréscenos que todos le sirvamos con las partes que nos caben; los caballeros y soldados que aquí estamos escritos tenemos firmado cómo no queremos parte ninguna de ellos, sino que servimos a Su Majestad con ello, porque nos haga mercedes". "El que quisiere su parte no se le negará. El que no la quisiera, haga lo que todos hemos hecho, fírmelo aquí". "Y de esta manera todos a una firmaron"... Así procedían cuando llegaba la ocasión grande, estos españoles hijosdalgo y aventureros pobres dando cuanto tenían en súbito alarde de generosidad, después de haber padecido lo que no se ha escrito para ganar lo que prodigaban. Se dirá que este oro le cedían los españoles con la esperanza de obtener ventajas mayores en el futuro. Y aun así, ¿cuántos hay entre el común de los mortales capaces de sacrificar de buen grado lo seguro por lo dudoso, lo presente por lo remoto? Quien lo hace es, en todo caso, negociante intrépido y no un avaro vulgar.

Enseña el Evangelio que ha de saber decidirse a perderlo todo quien quiere hacerse digno de ganar el Cielo. Así Cortés con su lógica cristiana inflexible, primero quitó a sus soldados el oro y prescindió de sus propias riquezas; después se cortó la retirada, deshaciéndose de los navíos que eran una constante tentación para aquellos pusilánimes que ante el peligro creciente sólo pensaban en el escape. Para forzar la decisión de internarse en el país desconocido, Cortés y los suyos se hicieron pobres. ¡Confirmando una vez más que el peso de los bienes del mundo es un estorbo

para el que busca los lauros de una empresa inmortal! En vísperas de la conquista de México los españoles renunciaron al oro ya ganado y también a la seguridad y las ventajas de una decorosa retirada; se jugaron su destino entero, a la sola carta de un éxito, dudoso conforme a la materia, incomparable según los criterios del ideal.

Y así fué como surgió, necesidad heroica y no alarde vano, el insuperable episodio de la destrucción de los navíos, que a todo un ejército abanderado de una gran causa, lo dejó sin retirada y entregado a la sola potencialidad de su fe en la victoria.

CORTÉS QUEMO SUS NAVES

La literatura heroica de la humanidad, en todas sus lenguas, tiene adoptada la frase "quemar las naves", que se aplica a toda decisión valerosa y extrema. Bien merece Cortés tal honor. No hay alarde parecido en ningún otro aventurero marcial. Ocurrieron los hechos como sigue:

Los parciales de Diego Velázquez conspiraban en secreto para apoderarse de un navío y regresar en él a Cuba. Al llegar a La Habana se proponían hacer prender a los emisarios que Cortés mandaba a España con los presentes del Rey. Denunciada la conspiración y presos los culpables, Cortés mandó ahorcar a dos de los principales y castigó a otros con azotes. Hasta allí no hizo sino aplicar el rigor necesario contra reincidentes de desertión frente al enemigo. Pero había algo más que el riesgo de la desertión: el desaliento minaba aún a los leales; el propio Cortés acaso vacilaba frente a la magnitud de su empresa. Entonces, en un raptó que parece desesperado, pero que es una de esas intuiciones propias del genio, mandó desarbolar todos los navíos, con lo que ya nadie pudo pensar en retroceder. Sin embargo, antes de consumir tan grave medida, la consultó con sus más adictos y los más firmes, porque como dice Bernal Díaz: "para que si algo le demandasen que pagase los navíos que era por nuestro consejo y todos fuésemos en los pagar".

"Luego mandó a un Juan Escalante que fuese desde Cempoala, donde nos hallábamos, a la Villa y que de todos los navíos se sacasen todas las anclas y cables y velas y lo que dentro

tenían que se pudiese aprovechar y que diese con todo ellos al través, que no quedasen más de los bateles y que los pilotos y maestros viejos y marineros que no eran para ir a la guerra, que se quedasen en la Villa y con dos chinchorros que tuviesen cargo de pescar, que en aquel puerto siempre había pescado aunque no mucho”.

Sin una palabra de jactancia, con sencillez castellana, refiere Bernal Díaz uno de los episodios más notables de la historia universal. Marca dicho episodio el instante en que Cortés decidió la conquista, sobreponiéndose a los que habrían hecho de su expedición una de tantas que exploran tierras desconocidas, pero no las ocupan ni las transforman. Declara Bernal Díaz que no es cierto, como afirma el cronista Gomara, que Cortés ocultara a los soldados la destrucción de los navíos. Ninguna ocultación era necesaria, según Bernal Díaz, que comenta: “¿De qué condición somos los españoles para no ir adelante y estarnos en partes que no tengamos provecho e guerras?”

Muy ajeno a engaños, Cortés se fió a su oratoria, y dirigiéndose a los soldados después de misa, y a propósito de las naves destruidas, les hizo ver “que ya no tenían navíos para ir a Cuba”, “ni otro socorro que Dios y nuestro buen pelear y corazones fuertes”, y sobre “ello dijo otras muchas comparaciones y hechos heroicos de los romanos. Y todos a una contestaron los soldados que harían lo que se les ordenase, que echada estaba la suerte de la buena ventura, como dijo Julio César sobre el Rubicón, pues eran todos nuestros servicios para servir a Dios y a su Majestad: En seguida encomendó Cortés las Iglesias recién construidas al Cacique Gordo, el de Cempoala, y le pidió tames y bastimentos para marchar a la guerra contra Moctezuma”.

CAMINO ADELANTE

Aliados a los de Cempoala, avanzaron los de Cortés, haciendo su primer alto en Jalapa. Eran los indios de tal región amigos de los de Cempoala y no tributaban a Moctezuma. Sin embargo, consumaban los mismos odiosos sacrificios. Esto obligó a los españoles a exhortarlos y a repetirles la declaración de que venían en nombre del gran Rey Don Carlos, a ver que no se

hiciesen más sacrificios, y a consumir desagravios y a propagar la Santa Fe Cristiana. El frío empezó a castigar a los invasores en el ascenso de la meseta. Por consejos de los de Cempoala, seguían el camino de Tlaxcala y para aprovechar el odio que los de esta nación tenían a Moctezuma, Caminaba la artillería a hombros de los "tamemes". Los soldados cargaban sus armas y en la marcha usaban alpargatas. En el punto que Bernal Díaz llama Cocotlán, vieron blanquear azoteas, y la casa del cacique; también cúes o adoratorios muy altos, encalados. El conjunto "parecía muy bien a ciertos pueblos de España". "Y pusieronle a este poblado Castel Blanco, porque dijeron unos soldados portugueses que parecía a la Villa de Castel Blanco de Portugal". Los naturales de este sitio hospedaron a los españoles y les dieron de comer, "poca cosa e de mala voluntad". Al mismo tiempo informaron a Cortés de los ejércitos que tenía Moctezuma en diversas provincias, y de la fortaleza que era la ciudad de México, y cómo estaban fundadas las casas sobre agua y que de una casa a otra no se podía pasar, sino por puentes que había en buen número y en canoas. Las casas eran todas de azoteas y cada azotea si era provista de mamparas, se convertía en fortaleza. Para entrar dentro de la ciudad había tres calzadas y en cada calzada cuatro o cinco aberturas con un puente y con alzar cualquiera de esos puentes que son hechos de madera, nadie podía entrar a México. Y luego dijeron del oro y plata y riquezas que tenía Moctezuma y todos estaban admirados de lo que oían.

Un delirio heroico empujaba a los españoles y los hacía despreciar los riesgos. Respondiendo al relato del Cacique Olintecle sobre las grandezas y el poder de Moctezuma, Cortés pronunció el discurso que sigue, digno de la *Iliada* o del *Quijote*:

"Pues hãgos saber que nosotros venimos de lejas tierras, por mandado de nuestro Rey y Señor que es el Emperador Don Carlos, y envía a mandar a ese vuestro gran Moctezuma, que no sacrifique ni mate ningunos indios, ni robe sus vasallos, ni tome ningunas tierras; y para que dé la obediencia a nuestro Rey y Señor, y ahora lo digo asimismo a vos, Olintecle, y a todos los demás caciques que aquí estáis, que dejéis vuestros sacrificios y no comáis carne de vuestros projimos, ni hagáis sodomías, ni las cosas feas que soléis hacer, porque así lo manda nuestro Señor

Dios, que es el que adoramos y cremos y nos da la vida y la muerte y nos ha de llevar a los cielos”

Y los indios a todo, callaban.

Y Cortés, dirigiéndose a Fray Bartolomé de Olmedo y a los soldados, añadió: “Parésceme, señores, que ya no podemos hacer otra cosa sino que se ponga una cruz”. Y respondió el padre Olmedo: “Parésceme, señor, que en estos pueblos no es tiempo para dejarles cruz en su poder, porque son desvergonzados y sin temor y como son vasallos de Moctezuma, no la quemén o hagan alguna cosa mala”. Pero Cortés insistió y la cruz quedó enclavada sobre el adoratorio azteca.

Urgidos por los de Cempoala y atemorizados, sirvieron los indios comida y presentes. En la plaza de aquel pueblo viéronse rimeros de cráneos y montones de huesos. Según Bernal Díaz, eran más de cien las calaveras al cuidado de los papas y sacerdotes. Igual hacinamiento macabro hallaron en todos los pueblos de tierra adentro.

EL HEROE XICOTENCATL

Gran empeño habían mostrado los indios aliados a los españoles de que se siguiera la ruta de Tlaxcala en la marcha hacia la capital de México, porque no siendo los tlaxcaltecas vasallos de Moctezuma, creyeron fácil ganarlos a su causa sin combatir. No contaron con que es siempre más difícil someter a voluntad ajena a un pueblo libre que a los más fieles vasallos. Llegaron a Tlaxcala los mensajeros de Cortés con halagadoras promesas, pero se les recibió con frialdad. La presencia de los de Cempoala y otros vasallos de Moctezuma en el ejército de Cortés, creó sospechas. Ya otras veces, dijeron los tlaxcaltecas, con mañas y cautelas “les entraban en la tierra y se la saqueaban”. Finalmente, decidieron: “Agora hemos de matar a esos que llamáis teules o dioses y comeremos sus carnes y veremos si son tan esforzados como publicáis”. A lo que Cortés repuso: “Pues que así es, adelante en buena hora”. Y encomendándose a Dios y con la bandera tendida que llevaba el alférez Corral, avanzaron los españoles muy de concierto y por delante la señal de la cruz, “que con ella venceremos”

Y no muy lejos viéronse hasta treinta indios que "estaban por espías y tenían espadas de dos manos y rodelas y penachos; otros portaban lanzas. Las espadas eran de pedernales que cortan más que navajas". Al acercarse los españoles, alejóse esta avanzada y tras ella envió Cortés cinco jinetes para que procuraran apoderarse de alguno de los indios; en vez de lograrlo, cayeron los de a caballo en una emboscada con la que dió principio la pelea. Un escuadrón de más de tres mil tlaxcaltecas salió de un escondite, cayendo sobre los españoles, con lluvia de flechas y golpes de montantes. La artillería y las escopetas lograron, sin embargo, hacer retroceder a los atacantes y quedando en el campo diecisiete muertos y muchos heridos, todos indios. El terreno era llano y había muchas casas y labranzas de maíz y magueyales. Esa noche la pasaron los de Cortés dormidos cerca de un arroyo y "con el unto de un indio gordo de los que allí matamos se curaron los heridos, que aceite no había". Por cena tuvieron perrillos que los indios criaban, pero las casas de la comarca quedaron despobladas. Y la noche se pasó con escuchas y buenas rondas y los caballos ensillados "por temor de que no diesen sobre nosotros".

Al otro día, muy concertados los escuadrones y los de a caballo avisados de cómo habían de entrar rompiendo, procurando no apartarse unos de otros, se prosiguió la marcha. Pronto se les opusieron dos escuadrones de guerreros en número como de seis mil, lanzando grandes gritos y ruido de tambores y trompetillas, a la vez que flechaban y tiraban varas. Cortés mandó que estuviesen todos quedos y con tres de los prisioneros requirió a los indios que no hiciesen guerra. Después de escuchar a los mensajeros mostráronse los indios "muy más recios y daban tanta guerra que no se les podía sufrir; por lo que Cortés dijo: "Santiago y a ellos" y "de hecho arremetimos de manera que les matamos y herimos muchas de sus gentes, y entre ellos tres capitanes". Fuéronse retirando hacia unos arcabucos donde estaban en celada sobre más de cuarenta mil guerreros con su capitán general, el bravo Xicoténcatl. Su divisa era de blanco y colorado. Las hondas y piedras producían como granizo y hacían mucho daño. En las quebradas aumentó el peligro para los españoles que avanzaban, aunque en el llano, con los caballos y artillería tomaban

venganza. Y no osaban arremeter sino todos juntos porque "no nos desconcertasen y rompiesen" y "si arremetíamos, hallábamos sobre veinte escuadrones sobre nosotros que nos resistían y estaban nuestras vidas en mucho peligro, porque eran tantos guerreros que a puñadas de tierra nos cegaran sino que la gran Misericordia de Dios nos socorría y nos guardaba" Y "parece ser que entre los tlaxcaltecas, se acordaron muchos de ellos para tomar a manos algún caballo y lo pusieron por obra arremetiendo; echaron mano a una muy buena yegua hiriendo malamente al jinete que era Pedro de Morón. Y a la yegua le dieron una cuchillada que le cortaron el pescuezo redondo e colgado del pellejo, allí quedó muerta"; pero en la refriega que se produjo para salvar al jinete perecieron muchos tlaxcaltecas, entre ellos los capitanes ya mencionados; sin embargo, se llevaron los indios la yegua, la cual hicieron mostrar en todos los pueblos de Tlaxcala y ofrecieron a sus ídolos las herraduras y los chapeos. El combate quedó en suspenso porque los españoles no tenían refuerzos y eran los que atacaban, y no se "podían tener en pie de cansados". Se dió esta batalla en Tehuacacingo, el dos de septiembre de mil quinientos diecinueve. Por la noche se hicieron fuertes los españoles en unos adoratorios que estaban en unos altos y curaron a sus heridos, que eran quince, uno de los cuales murió esa noche.

Se descansó todo el día siguiente y al segundo expuso Cortés que era bueno ir a correr el campo con los de a caballo "para que no sintiesen los tlaxcaltecas nuestra flaqueza" y porque era mejor acometer. De manera que con siete de a caballo y pocos escopeteros y doscientos soldados y algunos aliados salieron por las casas y pueblos prendiendo hasta veinte indios e indias sin hacer ningún mal, pero los aliados indios "como son crueles, dice Bernal Díaz, quemaron muchas casas y trujeron bien de comer gallinas y perrillos"... Y acordó Cortés se soltasen los prisioneros después de darles de comer. Y con Doña Marina les hizo ver "que no fuesen más locos e que viniesen a la paz que no les venimos a hacer mal ni enojo, sino pasar por su tierra e ir a México a hablar con Moctezuma". Cuando llegó tal súplica a oídos de Xicoténcatl, respondió éste: "que fuesen a su pueblo, donde está su padre y que allá harán las paces con hartarse de

nuestras carnes y honrar sus dioses con nuestros corazones y sangre”.

Y comenta Bernal Díaz: “Desde Cortés y todos nosotros oímos aquellas tan soberbias palabras, como estábamos hostigados de las pasadas batallas e encuentros, verdaderamente no lo tuvimos por bueno”. Y a los mensajeros los halagó Cortés con blandas palabras y les mandó dar obsequios. A la vez que con ellos se informaba por extenso de qué manera estaba el capitán Xicoténcatl. Y le dijeron que tenía mucha más gente de guerra que la primera vez que les dió batalla. Más o menos cincuenta mil hombres había dispuestos y tendrían por bandera y seña “un ave blanca tendidas las alas como avestruz y cada capitania tenía su divisa, como en Castilla usaban los duques y condes. Y desde aquello supimos, confiesa lealmente el cronista, como somos hombres y temíamos la muerte, muchos de nosotros y aun todos los demás, nos confesamos con el padre la Merced y con el clérigo Juan Díaz, que toda la noche estuvieron en oír de penitencia y encomendándonos a Dios que nos librase no fuésemos vencidos y así se llegó al amanecer”.

LA SEGUNDA BATALLA

Según avanzaban de mañana, en formación de guerra, vieron los españoles asomar por los campos multitud de guerreros con grandes penachos y divisas y mucho ruido de trompetillas y bocinas. Por todas partes los cercaron tantos combatientes que se “podría comparar como si hubiese unos grandes prados de dos leguas de ancho e otras tantas de largo y en medio de ellos cuatrocientos hombres; así era; todos los campos llenos de ellos y nosotros obra de cuatrocientos, muchos heridos y dolientes”. Y “supimos cierto que aquella vez iban los indios con pensamiento que no habían de dejar ninguno de nosotros con vida, que no habían de ser sacrificados a sus ídolos”. “Y fué un granizo de piedra de los honderos y todo el suelo se hizo parva de varas desatadas e a dos gajos de los flecheros ¡y qué priesa daban y cómo se juntaban contra los españoles con grandísimos gritos y alaridos!” Pero la artillería y las escopetas hacían mucho daño en las filas de los asaltantes. A la vez, con estocadas los apartaban

los españoles y los de a caballo estaban tan diestros y "hacíanlo tan varonilmente que después de Dios, que es el que nos guardaba, ellos fueron fortaleza". Hubo un instante en que se vió desbaratado el escuadrón y no bastaban las voces de Cortés y de los otros capitanes para tomarlo a cerrar tanto era el número de indios, pero como por milagro y a puras estocadas los españoles se rehicieron.

Los tiros hacían mucho daño a los indios que amontonados no se sabían capitanear. Además, entre los jefes indígenas prevalecía la discordia; uno de los aliados de Xicoténcatl lo abandonó en esta batalla. Desalentados por la pérdida de muchos principales, los de Tlaxcala celebraron consejo, echaron suertes y consultaron con sus adivinos. En definitiva resolvieron que eran, en efecto, los españoles, hombres de carne y hueso y no ~~teules~~ y que, por lo mismo, podían ser vencidos, sólo que combatiéndolos de noche porque de día el sol les daba fuerzas. En consecuencia dispuso Xicoténcatl un gran ataque nocturno. Sin duda, no contaban con que los españoles, según el cronista, se habían acostumbrado a dormir "calzados y las armas vestidas y los caballos ensillados". Fácilmente fueron rechazados los indios, que esta vez quedaron más desalentados que antes y furiosos con sus adivinos. Sin embargo, Xicoténcatl no cesaba de hostilizar a la tropa invasora, entre la cual, eran ya más los heridos que los sanos. El mismo Cortés andaba con calenturas. Y con angustia pensaban los capitanes que si ya los de Tlaxcala los tenían en tal apuro, cuál iba a ser su suerte cuando tuviesen que enfrentarse a los poderosos ejércitos de Moctezuma. Por el lado de la costa no tenían los españoles quien les diera refuerzo, ni noticia de los que habían quedado en Veracruz. Todo lo cual Bernal Díaz comenta: "entre todos nosotros había caballeros y soldados tan excelentes varones y tan esforzados y de buen consejo, que Cortés ninguna cosa hacía sin primero tomar de ellos muy maduro consejo como buen capitán que era". Así es que se convino en soltar a los prisioneros y hacer de nuevo proposiciones de paz, diciendo a los indios que se les perdonaba todo el hecho, "incluso la muerte de la yegua". Y doña Marina, con ser mujer de la tierra, "que esfuerzo tan varonil tenía que aun viendo que nos habían de matar y comer nuestras carnes con ají y habernos visto cercados en las batallas

pasadas y que ahora todos estábamos heridos y dolientes, jamás vimos flaqueza en ella, sino muy mayor esfuerzo que de mujer”.

La proposición de paz de los españoles halló esta vez buena acogida en Tlaxcala. Pese a la oposición de Xicoténcatl se acordó aceptar la amistad de los de Cortés y llevarles comida y ofrecerles mujeres, siempre con la idea de aprovechar a los teules para la guerra permanente que los de Tlaxcala mantenían con los mexicanos.

Mientras duraban las pláticas de paz, Cortés infatigable excursionaba por los pueblos atrayéndose a la población con su trato humano y agenciándose alimentos. Y no todo era concordia en su propio campamento. Al contrario, encabezados por los antiguos simpatizadores de Velázquez y ayudados por los que tenían propiedades en Cuba, un grupo de soldados habló a Cortés y después de echarle en cara la destrucción de las naves, expuso: “Ya no podemos sufrir la carga, cuanto más muchas sobrecargas, y que andábamos peor que bestias, porque a las bestias desde que han hecho sus jornadas les quitan las albardas y les dan de comer y las reposan y que nosotros de día y de noche siempre andábamos cargados de calzas y armas”. No da Bernal Díaz los nombres de los quejosos, dice, por no restarles su honra”, pero explica que hablaban en tono medio soberbio, diciendo a Cortés que un Alejandro seguramente no hubiera cometido el error de quemar sus naves. Y proponían regresarse a Veracruz para esperar en la costa a que Velázquez enviase buques a rescatarlos. Cortés, con mansedumbre, repuso que eran todos valientes y esforzados capitanes, pero que ya veían que en todos los peligros él había estado con ellos y que si era verdad que se hallaban en situación comprometida, atendiesen a que tres veces habían burlado el empeño de Xicoténcatl que “después de jurar desbaratarnos ahora no parece”. Por eso pidió que “tengan confianza en Dios”. “Y en cuanto a lo que decís que jamás capitán romano de los muy nombrados han acometido tan grandes hechos como nosotros, es verdad y ahora y adelante mediante Dios dirán las historias que de esto harán memoria, mucho más que de los antepasados, pues nuestras cosas son en servicio de Dios y de nuestro gran emperador Don Carlos. Así es que, señores, no es cosa bien acertada volver un paso atrás, que si nos viesen volver,

estas gentes y los que dejamos de paz y aun las piedras se levantarían contra nosotros; y así como ahora nos tienen por dioses o ídolos que así nos llaman nos juzgarían por muy cobardes y de pocas fuerzas. Y ¿qué diría Moctezuma si nos viese retroceder? que todo había sido juego de niños. Así es que, señores, mal allá y peor acullá, más vale que estemos aquí donde estamos que es bien llano y todo bien poblado y este nuestro real está bien abastecido; unas veces gallinas y otras perros, gracias a Dios, no nos falta qué comer; y ojalá tuviésemos sal, que es la mayor falta que al presente tenemos y ropa para guarescernos del frío. Y en cuanto a los muertos y la fatiga vista cosa es que, en las guerras se gastan hombres y caballos y no venimos al presente para descansar sino para pelear; por tanto os pido, señores, que pues sois caballeros, que de aquí en adelante se os quite el pensamiento de la isla de Cuba y lo que allá dejáis y procuremos hacer como buenos soldados, que, después de Dios, nuestro socorro y ayuda han de serlo nuestros brazos". Y como insistieren en que, por lo menos, debía abandonarse el proyecto de llegar hasta México, Cortés les respondió medio enojado que valía más morir por buenos, como dicen los cantares, que vivir deshonorados, y entonces los soldados vinieron en apoyo de Cortés y al fin todos obedecieron.

La victoria española quedó patente cuando el propio Xicotécatl, acompañado de cien guerreros, se presentó a la tienda de Cortés, que se hallaba malo de calenturas y "purgado del otro día". Se deshizo Xicotécatl en excusas de que no daban más oro porque no lo tenían, y se quejó de los mexicanos que les daban guerras, y habiendo comprendido dijo que los españoles eran invencibles; ahora los querían de amigos y aliados y de esa manera ya no tendrán sobresaltos de "los traidores mejicanos". Era Xicotécatl, dice el cronista, "alto de cuerpo y de grande espalda y bien hecho y la cara tenía larga y como hoyosa y robusta y era hasta de treinta y cinco años y mostraba en su persona gravedad. Cortés le dió las gracias y le hizo mil halagos y dijo que lo recibía por vasallo de nuestro Rey y señor y como amigo nuestro".

A la entrevista había cuidado Cortés de invitar a ciertos Embajadores de Moctezuma que habían llegado a felicitarlo "porque hacía la guerra a los tlaxcaltecas". Xicotécatl invitó a Cor-

tés a que visitara su ciudad de Tlaxcala, y el capitán español dijo que lo haría tan pronto terminase ciertos arreglos con los enviados de Moctezuma. Y en tono de amenaza añadió: que mire que las paces que ahora le dan sean firmes, que si otra cosa hacen los matará y destruirá su ciudad. Hubo en seguida intercambio de presentes, todo en presencia de los Embajadores de Moctezuma. Y así que se despidió Xicoténcatl, los Embajadores de Moctezuma dijeron a Cortés que desconfiase de los tlaxcaltecas, que eran traidores, y pedían a Cortés que no fuese a Tlaxcala antes de seis días, plazo en el cual, seguramente le llevarían noticias de Moctezuma.

Decidió Cortés aguardar, en parte para tomar reposo y por complacer a los de Moctezuma aunque en lo relativo a la traición de los de Tlaxcala les dijo que no le preocupaba, pues tenía modo de acabar con ellos y con todos los que se opusieran a sus propósitos.

Y como no llegaba Cortés a Tlaxcala, de allá vino otra Embajada a instarle para que hiciese la visita a la ciudad. Y los indios todos llamaban a Cortés Malinche, o sea una corrupción de Marina, el nombre de la intérprete que estaba siempre a su lado, y que pronto había de darle un hijo.

A la entrada de Tlaxcala saludaron a Cortés muchos principales y no cabían por las calles y azoteas tantos indios e indias que salían a recibir a los conquistadores con rostros muy alegres. Y les obsequiaban a los capitanes "piñas de muchas rosas de la tierra, diferenciadas las colores y de buenos olores". Y les alojaron en unos buenos patios adonde estaban los aposentos y allí tenían aparejado, para cada soldado, unas camillas de esteras y mantas de henequén. Y también a los aliados de los españoles, los indios de Cempoala y Cocatlan, los hospedaron y agasajaron. Al día siguiente recibió Cortés, entre otros presentes, numerosas doncellas, entre otras una hija del Viejo Xicoténcatl. Todas estas mujeres, después de ser bautizadas, repartieronse entre los capitanes. Como ejemplo de la forma en que fueron tratadas, bastará citar lo que dice de una de ellas Bernal Díaz: "la que le tocó a Pedro de Alvarado, tuvo de él una hija que se llamó Doña Leonor, mujer que es agora de Don Francisco de la Cueva, buen caballero, primo del Duque de Alburquerque".

EL PRIMERO QUE SE ASOMO AL VALLE

Fué Diego de Ordaz, uno de los capitanes de Cortés, y lo consiguió subiendo al volcán Popocatepetl, realizando así al mismo tiempo la primera ascensión a una de las cumbres más altas de América. Estando los españoles en Tlaxcala, echaba mucho fuego el volcán, dice Bernal Díaz, y "a un capitán de los nuestros, tomóle codicia de ir a ver qué cosa era y demandó licencia a nuestro general para subir en él". Y con dos compañeros y ciertos indios principales de Huejotzingo, se inició la expedición. A medio camino ya no podían sufrir el temblor de la tierra ni las llamas, piedras y cenizas de la erupción; Ordaz siguió adelante con sus compañeros españoles, y no se atrevieron los indios a seguirlos, por temor a los teules o dioses del volcán. De pronto un temblor y las llamas, la lluvia de piedras medio quemadas y ceniza, los detuvo cerca de una hora, pero pasada la fumarola subieron hasta la boca que era "muy redonda y ancha, en el anchor de un cuarto de legua y desde allí se parecía la gran ciudad de México y toda la laguna y los pueblos que están en ella sentados. . ." "Y después de bien visto, muy gozoso el Ordaz y admirado de haber visto a México y sus ciudades, bajó con sus compañeros y cuando lo contaban, todos los admirábamos, pues en aquella sazón no lo habíamos visto ni oído, como agora que sabemos lo que es y han subido encima de la boca muchos españoles y aun frailes franciscanos. Y cuando volvió Diego de Ordaz a Castilla demandó de su Majestad el tener por armas, las del ascenso al Volcán y así las tuvo un su sobrino que más tarde se estableció en Puebla".

Por todos los rumbos penetraba el ojo explorador de los españoles y todo lo anotaban; unos trepando las alturas, otros estudiando la organización social de los indios; así cuenta, por ejemplo, Bernal Díaz de las casas de madera hechas de redes y llenas de indios e indias que tenían dentro encarcelados y a cebo, hasta que estuviesen gordos para comer y sacrificar; "las cuales cárceles, añade, las quebramos y deshicimos para que se fuesen los presos que en ellas estaban y los tristes indios no osaban ir a cabo ninguno, sino estarse allí con nosotros y así escapar con sus vidas, y en adelante, en todos los pueblos que entrábamos, lo

primero que mandaba nuestro capitán era quebrarles las tales cárceles y echar fuera los prisioneros. Y como vimos aquella gran crueldad, Cortés mostró tener mucho enojo de los caciques de Tlaxcala y los riñó, bien enojado, y los caciques prometieron que, desde allí en adelante no matarían, ni comerían de aquella manera más indios. Pero, digo yo —comenta Bernal— que de qué aprovechaban todos aquellos prometimientos, que en volviendo la cabeza hacían las mismas crueldades”.

SE PREPARA EL AVANCE HACIA MEXICO

Después de holgar diecisiete días en Tlaxcala y previas muchas pláticas para convencer a los que opinaban por retirarse con el botín ya logrado, decidió Cortés la marcha. Con astucia para asegurarse la alianza de los tlaxcaltecas les recomendó que hiciesen las paces con los mexicanos, alegando que él mismo visitaba a Moctezuma, pero no en son de guerra. La mayor parte de los caciques y el propio Xicoténcatl se empeñaron en disuadir a Cortés alegando que eran traidores los mexicanos y aconsejando que cuando pelease con ellos, a los que pudiese matar no los dejase con vida: “al mancebo porque no tome armas, al viejo porque no dé consejo, porque jamás mantienen verdad en cosa alguna que prometen”. En todo caso aconsejaban que no entrase Cortés por Cholula porque era allí donde Moctezuma tenía sus tratos dobles encubiertos. Sin embargo, se decidieron los españoles por el camino de Cholula, a causa de que supieron era una ciudad de gran población “muy bien torreada, de grandes y altos adoratorios”. Estando todavía en las pláticas de la marcha, llegaron embajadores de Moctezuma diciendo que se maravillaban de que estuviesen tantos días los españoles entre aquellos tlaxcaltecas pobres, que aun para esclavos no son buenos por ser tan malos y traidores y ladrones, “que cuando más descuidados estuviésemos nos matarían para robarnos y nos rogaban que fuésemos luego a su ciudad y nos darían lo que tuviesen”. Aquello decía Moctezuma porque tuvo noticia de la alianza de los españoles con los tlaxcaltecas y de haber éstos dado sus hijas a los capitanes. Por eso, juzga Bernal Díaz, Moctezuma “nos cebaba con oro y presentes, para que saliésemos de Tlaxcala”.

Finalmente, salió Cortés rumbo a Cholula, acompañado de diez mil guerreros tlaxcaltecas que le fueron ofrecidos como auxiliares. Al acercarse a Cholula, a ruegos de los caciques locales hizo Cortés que los tlaxcaltecas acampasen en las afueras de la ciudad, a la cual entró solo con sus españoles. Y era tanta la gente que salía a verlos por calles y azoteas que se maravillaban los españoles y los nativos se sorprendían, porque no habían visto hombres como los extranjeros, ni cosa parecida a sus caballos.

La recepción de los cholultecas había sido, según parece, sincera; pero pronto llegaron a las cercanías veinte mil guerreros de Moctezuma, con Embajadores que exigieron a los caciques de Cholula que aprehendiesen a los españoles y los llevasen atados a México, tomando únicamente veinte de ellos para hacer sacrificios a los ídolos de la ciudad. Las tropas de Moctezuma acamparon en los ranchos inmediatos y otras se escondieron dentro de la ciudad, y en seguida ocurrió que los de Cholula comenzaron a negar el alimento que al principio traían a los españoles de buen grado. Al mismo tiempo, ciertos embajadores de Moctezuma previnieron a Cortés que no llegase hasta México. Y en las propias calles de Cholula se veían preparativos de guerra, tales como cavar unos hoyos que después disimulaban con ramas, a fin de que los caballos tropezasen en ellos y quedaran inutilizados en el momento del combate. Ocho indios tlaxcaltecas denunciaron que en noche anterior habían sido sacrificados ante el ídolo principal, siete personas, entre ellas cinco niños, y que de la plaza salían las mujeres y los niños. Y por fin, amaneció un día en que, dice Bernal, era cosa de ver la priesa que traían los caciques y papas con los indios de guerra y muchas risadas y muy contentos "como si ya nos tuvieran en el garlito y redes". Y eran tantos los indios de guerra que no cabían en los patios. Pero los españoles, armados de espada y rodela, se pusieron a la entrada de los patios para no dejar salir ningún indio armado. Y el capitán Cortés apareció a caballo con muchos soldados apercebidos a su custodia. Y después de increpar a los indios por sus preparativos de guerra, Cortés ordenó la matanza, que, según el siempre verídico Bernal Díaz, "se les acordará para siempre porque matamos muchos de ellos..." Y antes de que los españoles concluyesen de

pelear se presentaron los tlaxcaltecas combatiendo en las calles e "iban por la ciudad robando y cautivando, que no los podíamos detener".

Después del castigo, Cortés aprovechó las ofertas de los caciques, que pedían perdón por los preparativos guerreros; mandó devolver los cautivos hechos por los tlaxcaltecas y obtuvo acatamiento y alianza de muchos cholultecas. Ordenó también que a la ciudad volviesen todos los prófugos y que no fuesen molestados, y a todos predicó contra sus ídolos demostrando cómo de nada les habían servido y quitándoselos mandó poner en el adoratorio principal una gran cruz.

MOCTEZUMA CONSULTA A SUS IDOLOS

Se había entablado una lucha de religiones, de culturas; de un lado la barbarie más cruel de que tiene noticia la historia; del lado de los españoles la religión más sublime que conoce el hombre, la civilización más importante de la época. El espíritu estaba pendiente del desenlace. Cortés se obstinaba en romper ídolos, creándose, como se lo advertían los mismos frailes, una situación riesgosa: la prudencia aconsejaba aplazar la lucha contra la idolatría, pero el héroe auténtico no suele detenerse cuando se trata de los principios; para Cortés todo el objetivo superior de la guerra era sustituir los ídolos con la cruz; toda la justificación de las matanzas estaba en exigir que después ya no hubiese más matanzas de prisioneros inermes. Toda la tierra nuestra necesitaba ser limpiada de su crueldad y lo estaba siendo por el hierro y el fuego, según la ley fatal de la historia. Y también, según es de rigor en estos casos, la solución la precipitaba la ceguera, la obcecación de los conquistados.

Cuando Moctezuma supo la derrota de los suyos en Cholula, sintió, dice el cronista, un gran "dolor y enojo y en seguida sacrificó ciertos indios a su ídolo Huichilobos porque le dijese en lo que había de hacer para nuestra ida a México, y estuvo encerrado con sus devociones y sacrificios junto con diez papas principales y hubo respuesta de aquellos ídolos y fué que nos enviase a dar disculpas por lo de Cholula y nos dejase entrar en México. Y que ya estando dentro con quitarnos la comida e agua y alzar-

nos cualquiera de los puentes nos matarían y que, en un día, si nos daban guerra, no quedaría uno de nosotros con vida. Y que tendrían hartazgos de nuestros muslos, piernas y brazos y las tripas y el cuerpo hartarían las culebras e sierpes y tigres que tenían en unas casas de madera. . .”

Sobre la matanza de Cholula se han escrito muchos capítulos condenando a los españoles; acerca de ella dice Bernal Díaz que tanto en Cholula como en los demás pueblos tenían los indios prisioneros a cebo para devorarlos después del sacrificio. Además, que en Cholula tenían escondidos en las casas, guerreros mexicanos, y que si no se hubiera hecho aquel castigo, los conquistadores habrían perecido y no se hubiera creado la Nueva España. De Fray Bartolomé de las Casas, que fué el primero en denunciar los sucesos, dice Bernal Díaz “que el fraile afirma sin causa que por nuestro pasatiempo y porque se nos antojó, se hizo aquel castigo y así lo dice quien no lo vió ni lo sabe, ni de otras crueldades que dice en su libro”. En torno a este asunto creció el escándalo avivado por la rivalidad siempre latente de dominicos y franciscanos, pues mientras Las Casas condenaba, una comisión de franciscanos que investigó el asunto a raíz de la conquista, acompañada de los mismos cholultecas, determinó haber pasado el caso *según Bernal Díaz lo cuenta*.

* * *

Para llegar a México había dos caminos: uno limpio y barrido por donde los mensajeros de Moctezuma se empeñaban que fuesen las tropas españolas, y otro que habían cegado, tirando árboles y cavando fosas. Escogió Cortés el camino embarazado, pensando que sin duda por allí no los esperaban y no habría emboscadas. Al efecto, fué preciso subir cuevas penosas: después de la primera jornada, pernoctaron los castellanos en unos mesones donde posaban indios mercaderes; pasaron gran frío, pero hallaron que cenar y pusieron sus velas y sus rondas. Al otro día llegaron temprano a Tlalmanalco, donde almorzaron y recibieron el saludo de los de Chalco, dirigiéndose en seguida a Amecameca. Allí arengó Cortés a unos indios que traían presentes y les dijo que venía de parte de un gran Rey y para desagraviar injusticias. Oído lo cual empezaron a llover quejas contra

los de Moctezuma, que según decían les robaban cuanto tenían y sus mujeres e hijas si eran hermosas, forzándolas delante de ellos y sus maridos y se las tomaban o las hacían trabajar como esclavas; y que les hacían llevar en canoas y por tierra, madera de pinos y piedra y leña y maíz y otros muchos servicios como sembrar maizales. Cortés, dice el cronista, los consoló con "palabras amorosas que las sabía muy bien decir". Le informaron los indios que el camino que no había querido seguir estaba libre, pero que era en México donde Moctezuma proyectaba matarlos. A lo que Cortés repuso que no tenían los mexicanos, "ni otras ningunas naciones, poder de matarlos, salvo Nuestro Señor Dios en quien creían".

En las cercanías de Texcoco salió a recibir a los españoles Cacamatzin, gran señor, sobrino de Moctezuma. Caminaba Cacamatzin con gran fausto, haciéndose transportar en unas andas y le barrían el suelo y le quitaban las pajas por donde había de pasar. Luego que Cacamatzin hubo presentado sus saludos y los de Moctezuma, con presentes de oro y mantas, Cortés lo abrazó y "le hizo muchas caricias, a él y a todos los más principales y les dió tres piedras que se llaman margaritas que tienen dentro de sí muchas pinturas de diversos colores y algunos diamantes azules".

Según avanzaban los conquistadores, los caminos se llenaban de gente que acudía a mirarlos. Y otro día por la mañana desembocaron a la calzada ancha que conduce a Ixtapalapa. Y había tantas ciudades y villas pobladas en el agua y en tierra firme y una calzada derecha que iba a México, "que todo causaba admiración"... "y parecía las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cües y edificios que tenían dentro en el agua y todos de cal y canto y aun algunos soldados decían que si aquello que veían era entre sueños, pues, en efecto, eran de ponderar las cosas nunca oídas, vistas ni soñadas que contemplaban". En Ixtapalapa fueron aposentados los de Cortés en palacios de cantería bien labrada, con grandes patios y techumbres de cedros y entoldados con paramento de algodón. En la huerta hallaron diversidad de árboles y setos de rosas y flores y muchos frutales y un estanque de agua dulce y en el vergel entraban grandes canoas desde la Laguna

por una abertura que tenían hecha, "todo muy encalado y lucido con muchas maneras de piedras y pinturas en ellas y aves de muchas diversidades que entraban en el estanque". Allí recibieron muchos presentes. Y al otro día, acompañados de los señores de Ixtapalapa emprendieron el camino por la calzada que conduce "derecho a la ciudad de México". Aunque era ancha hallábase llena de gentes, que "no cabían", y estaban llenas las torres y las terrazas y las canoas y era para todos cosa de maravilla los españoles y los caballos. Los españoles también se maravillaban, mirando grandes ciudades y caseríos en la laguna y en la calzada, puentes de trecho en trecho y por delante la gran ciudad. Y como no llegaban a cuatrocientos, los de Cortés llevaban muy presentes los avisos que les habían dado de que los habían de matar desde que estuviesen dentro de la ciudad y ¿qué hombres ha habido en el Universo —se pregunta Bernal Díaz— que tal atrevimiento tuvieran? Así que llegaron al cruce del camino que va para Coyoacán, vinieron muchos principales y caciques con ricas mantas y galanía de libreas diferenciadas. Y al llegar frente a Cortés decían que fuera bien venido de parte de Moctezuma, y en señal de paz tocaban con la mano en el suelo y le besaban la mano.

Se adelantaron en aquel sitio Cacamatzin y el Señor de Ixtapalapa y el de Tacuba y el de Coyoacán para encontrar al gran Moctezuma que venía en ricas andas acompañado de grandes señores y vasallos. Cerca ya de México se apeó Moctezuma, que avanzó del brazo de los grandes caciques debajo de un palió riquísimo de plumas verdes con labores de oro y mucha argentería y perlas y piedras chalchivis, que colgaban de unas bordaduras. Hallábase muy ricamente ataviado, calzadas unas cotaras, las suelas de oro y muy preciada pedrería encima, y los cuatro señores que le traían de los brazos, iban también ricamente ataviados y otros muchos señores venían delante de Moctezuma barriendo el suelo que debía pisar y le ponían mantas para que no pisase la tierra. Todos estos señores no le miraban a Moctezuma la cara, sino con los ojos bajos y con mucho acato.

Por su parte, Cortés se había apeado del caballo y ambos se hicieron reverencias. Moctezuma expresó la bienvenida y Cortés respondió con Doña Marina que "él fuese el bien estado". Y Cortés sacó un collar de piedras margaritas y se lo echó al cuello

a Moctezuma y cuando lo quiso abrazar, los grandes señores detuvieron el brazo de Cortés, porque aquello lo tomaban por desacato. Expresó Cortés que holgaba su corazón de haber visto tan gran príncipe y que le agradaría lo recibiera.

Contestó Moctezuma otras palabras de acato y mandó aposentar a los españoles con sus parientes. Luego se volvieron con él las compañías de caciques y todos iban sin mirarle, los ojos puestos en tierra. Y una multitud de hombres, mujeres y muchachos estaban en las calles y azoteas y en las canoas de las acequias todos ansiosos de mirar.

Las casas en que se aposentaron los españoles eran del padre de Moctezuma y tenían grandes adoratorios de ídolos y una recámara secreta de piezas y joyas de oro que eran como el tesoro hereditario.

Y había en la casa grandes estrados, y salas entoldadas de paramentos de la tierra, para el Capitán, y para los soldados otras camas de esteras con toldillos y todo el palacio enramado y bien encalado. Y al llegar a un gran atrio, tomó de la mano Moctezuma a Cortés y lo metió en el aposento y sala donde había de hospedarse. En seguida, ricamente aderezado, Moctezuma le echó al cuello un collar de oro y como Cortés diera las gracias, el Monarca repuso: Estáis en vuestra casa con vuestros hermanos; descansad. Y luego se fué a su palacio que no estaba lejos. En los aposentos se sirvió a los huéspedes una gran comida; todo esto ocurrió a los ocho días del mes de noviembre de mil quinientos diecinueve.

Por la tarde Moctezuma visitó a los extranjeros sentándose al lado de Cortés en un banco labrado con oro y dijo: Qué hacía más de dos años tuvo noticia de otro Capitán que estuvo por Champotón, y el año anterior, de otro que estuvo con cuatro navíos y que siempre deseó verlos y que ahora le complacía estuviesen cerca y que debía ser cierto que eran sus huéspedes los mismos que sus antecesores habían predicho vendrían de donde sale el sol, a señorear aquellas tierras. Cortés le respondió que no sabía con qué pagar sus mercedes y que verdaderamente eran súbditos del Emperador Don Carlos, que los envió a rogar que todos fueran cristianos y que salvaran así sus ánimas él y

todos sus vasallos, y que en lo adelante, le aclararía cómo adoraban un solo Dios verdadero y otras muchas cosas.

EL ASALTO AL TEOCALLI

Es inmejorable el relato que hace Bernal Díaz de la primera vez que asomaron sus compañeros a la plaza de Tenochtitlán, nombre indígena de la capital del Imperio Mexicano. A los cuatro días de estar en las casas y huertos, dispuso Cortés ir a la plaza mayor. Cuando lo supo Moctezuma resolvió ir también en persona, a fin de que no fuesen los españoles a hacer un deshonor a sus oídos y empezó a sahumar. Se trasladó Cortés a caballo con todos los demás que tenían qué montar y con los soldados puestos en armas. Antes de llegar al teocalli o gran adoratorio, los principales que los acompañaban mostraron a los visitantes los diversos géneros de mercaderías que había en el mercado, tales como mantas y cosas labradas y objetos de oro y plata, piedras ricas y plumas y un mercado de esclavos y esclavas, atados en unas varas largas y colleras al pescuezo para que no se huyesen. En otros puestos se vendía ropa de algodón, hilo torcido y cacao, mantas de zogas, o cotaros o calzas y cueros de tigres, de leones y nutrias y de gato montés y venado; otros vendían legumbres y yerbas, habiendo muchos puestos de herbolarios; había ventas de frutas y de maderas y bancos; también unas canoas en que se vendían inmundicias; se expendían en otros sitios pescados y objetos de latón y cobre y estaño. La gran plaza llena de gente estaba cercada de portales. Cuando se acercaron al gran adoratorio, Moctezuma estaba allí sacrificando. Y mandó unos indios que ayudasen a Cortés a subir como solían hacerlo con Moctezuma, pero Cortés rehusó toda ayuda y subió solo las ciento catorce gradas con algunos de sus hombres. En una placeta hallaron una especie de andamios y piedras donde ponían los indios para sacrificarlos y una especie de dragón y mucha sangre derramada aquel día. Y como Moctezuma dijese a Cortés: "Cansado, señor, estaréis de subir a nuestro templo", Cortés repuso que él y los suyos no se cansaban. Le tomó por la mano Moctezuma y le hizo mirar la gran ciudad y los pueblos ubicados en torno de la laguna. El grande y maldito templo, comenta Bernal Díaz, estaba tan alto que todo lo señoreaba muy bien. Y

desde allí se veían las tres calzadas que entran en México, la de Ixtapalapa, la de Tacuba y la de Tepeaquilla. Y el caño de agua dulce que viene de Chapultepec y los puentes sobre los canales, y la multitud de las canoas en la laguna cargadas de bastimentos. Y de casa en casa, se pasaba por puentes levadizos hechos de madera y había numerosos adoratorios a manera de torres y fortalezas. Abajo, en la gran plaza, una multitud hacía el mercado; su rumor y zumbido de voces "sonaba más que de una lengua". Y entre los españoles había soldados que habían estado en Constantinopla y en toda Italia y Roma y dijeron que "plaza tan bien compasada con tanto acierto, no la habían visto".

Y Cortés, que no perdía ocasión, dijo al padre Olmedo: "Paréceme, señor padre, que será bien que demos un tiento a Moctezuma sobre que nos deje hacer aquí nuestra Iglesia". Increíbles parecen el arrojo y la confianza en su destino que Cortés reveló en tales frases y los hechos que las siguieron. El mismo padre Olmedo opinaba que no era tiempo de hablar de tal cosa. Pero Cortés insistió pidiendo que le enseñaran los dioses. Hubo consulta de papas y, por fin, se toleró que entrasen Cortés y los pocos que lo acompañaban a una especie de sala, en una torre donde estaban dos altares con tablazones encima del techo; "en cada altar dos bultos como de gigante de muy altos cuerpos y gordos, uno Huichilobos, Dios de la guerra que tenía el rostro muy ancho y los ojos disformes y espantables y en todo el cuerpo pedrería con oro y perlas y ceñidas al cuerpo unas culebras y en una mano un arco y en la otra una flecha. El otro ídolo era pequeño y hacía de paje; tenía lanza y una rodela de oro. Y tenía puestos al cuello Huichilobos unas caras de indios y otras como corazones de oro y a sus pies había braseros con incienso y con tres corazones de indios que aquel día habían sacrificado y se quemaban. Y las paredes del adoratorio estaban tan llenas de sangre, así como el suelo, que todo hedía muy malamente. Y del otro lado estaba, también muy decorado, el dios Texcatepuca o de los Infiernos, que tenía a su cargo las ánimas y llevaba ceñido al cuerpo, figuras como diablillos chicos. Y allí le tenían presentados cinco corazones, aquel día sacrificados. Aparte otro dios medio hombre, medio lagarto. Y un atambor muy grande que daba un sonido muy triste que a dos leguas se

oía". En la placeta, insiste Bernal Díaz, tenían tantas cosas diabólicas en bocinas y navajones y corazones de indios quemados, que "les doy la maldición". Y como todo apestaba a carnicería "no hallábamos la hora de quitarnos de tan mal hedor y peor vista".

Y Cortés dijo a Moctezuma con el intérprete como riendo: "No sé cómo tan gran y sabio varón como Vuestra Majestad no comprende que estos no son dioses sino cosas malas que se llaman diablos, y para que Vuestra Majestad lo conozca y todos sus papas lo vean, hacedme la merced de poner en lo alto de esta torre una Cruz y en otro apartado de estos adoratorios, pondremos una Imagen de Nuestra Señora, y veréis el temor que de ellos tienen estos ídolos que os tienen tan engañados".

Moctezuma respondió irritado que de saber que tal deshonor haría a sus dioses no se los habría mostrado. Y como Cortés vió al Monarca enojado y a los papas haciendo malas señales, declaró: Es hora de que Vuestra Majestad y nosotros nos vayamos. Repuso Moctezuma que lo era, pero que él debía quedarse para rezar y hacer sacrificios por el desacato de haberles mostrado los ídolos. Bajaron Cortés y los suyos. A los pocos días hicieron construir un altar en los aposentos que les habían dedicado y allí rezaban, dice Bernal Díaz, Cortés y sus capitanes delante del altar e imágenes, lo uno porque "lo éramos obligados a cristianos y buena costumbre y lo otro, porque Moctezuma y todos sus capitanes lo viesan y se inclinasen a ello".

LA APREHENSION DE MOCTEZUMA

Cuatrocientos extranjeros por bien armados que estuviesen, en el centro de la capital de un Imperio, eran presa segura y ello no escapaba a la previsión de los españoles, así es que recurrieron a uno de esos golpes de audacia que son el pasmo de la historia. Para emprender estos sucesos es preciso reflexionar en el estado de ánimo de Cortés, que él mismo describe en su segunda carta al Rey: "Yo animaba a los soldados diciéndoles que jamás en los españoles, en ninguna parte hubo falla y que estábamos en disposición de ganar para Vuestra Majestad los mayores reinos y señoríos que había en el mundo... y además, como cristianos,

éramos obligados en empuñar contra los enemigos de nuestra fe, y por ello en el otro mundo ganábamos la gloria y en este conseguimos el mayor prez y honra que hasta nuestros tiempos ninguna generación ganó". Admira en Cortés la conciencia de lo que hacía, pues la posteridad ha refrendado sus palabras porque en efecto, jamás hubo una generación como la de los conquistadores de América, los padres de nuestra nacionalidad mexicana. El gran propósito religioso y cultural que los animaba es bastante para absolverlos del cargo de codicia con que los han difamado nuestros enemigos. La crueldad que oscurece sus hazañas no se puede ni se debe desvanecer, pero hay que observar que son ellos mismos quienes la confiesan y fué ella una necesidad de la guerra. Eran conquistadores y no santos. El mismo Cortés en su segunda carta habla de que quemó pueblos y que a unos traidores les hizo amputar las manos; en cambio, siempre que pudo mostrarse clemente lo fué en grande, y por mucho que atormentara a los indios, no alcanzaron sus rigores ocasionales, la perversidad sistemática, la ferocidad del régimen autóctono. De Cortés se ha dicho con razón que fué duro sólo en la medida indispensable a sus faenas de Capitán; por temperamento y táctica fué generoso como no lo ha sido ningún otro vencedor.

Hallábanse sitiados los españoles en México, imposibilitados de dar batalla en descubierto, y en apariencia condenados sin remedio. Los mismos indios encargados de servirlos se mostraban remisos para entregar la comida. A la vez, llegaban noticias de levantamientos ocurridos contra las guarniciones españolas de Cempoala y de Veracruz, y fué entonces cuando se acordó el recurso desesperado de "prender a Moctezuma o morir todos en ello".

Después de pasar toda la noche en oración, dice Bernal Díaz, llevó Cortés consigo a los capitanes Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Juan Velázquez de León, Francisco de Lugo, Alonso de Avila y a Bernal Díaz, y con la intérprete Doña Marina, todos ensillados, y en armas, acudieron al Palacio del Emperador. Después de los saludos acostumbrados, increpó Cortés a Moctezuma porque sus soldados habían hecho fuerza contra los españoles en la costa; le echó también en cara las traiciones de Cholula y de otros sitios, y le ordenó que muy en calma siguiese a los inva-

sores a sus aposentos donde sería bien tratado. Se opuso Moctezuma, pero, al fin, tras de amenazas y un largo altercado, mandó Cortés disponer las andas y condujo al monarca al cuartel español. Por explicación se dijo a sus gentes que los ídolos habían mandado que morase con los extranjeros. En prisión quedó Moctezuma servido por sus principales acompañado de sus mujeres, con sus baños y sus alimentos. Allí mismo despachaba los negocios de importancia, y según cuenta Bernal Díaz, "se hizo a estar preso sin mostrar pasión en ello". Y a los Caciques que se habían insurreccionado contra los españoles, los mandó traer presos y los entregó a Hernán Cortés. Este quemó a los insurrectos y mandó echar unos grillos a Moctezuma. A poco, dando por terminado el castigo, Cortés mismo quitó los grillos a Moctezuma y le hizo caricias y le protestó que lo trataría como hermano, con lo que a Moctezuma "se le saltaban las lágrimas". Y a los guerreros y jefes indios que acudían a verlo para decirle que harían armas contra los españoles para obtener su rescate, les recomendaba prudencia.

Pero los sobrinos del Monarca preparaban la guerra. Y Cortés se propuso romper el encierro en que se hallaba. Al efecto, mandó traer madera y con ayuda de carpinteros indios, los maestros Martín López y Andrés Núñez, construyeron dos bergantines que fueron lanzados a la laguna. Combinando velas con remos dejaban atrás los barcos de los españoles a todos los de los indios; Moctezuma fué el primero en pasear en los navíos escoltado siempre por sus enemigos. El ataque a los españoles se demoraba por las divisiones de los príncipes indígenas. Cacamatzin, Rey de Texcoco y sobrino de Moctezuma, era el más decidido, pero como proyectase destronar a Moctezuma y hacerse del reino después de matar a los españoles, el mismo Moctezuma ayudó a Cortés a apoderarse del conspirador. En lugar de Cacamatzin se puso por Rey de Texcoco a un pariente enemigo del destronado. Igual cosa hizo Cortés con los reyecillos comarcanos que estuvieron de acuerdo en la conspiración de Cacamatzin. De hecho, había empezado a gobernar Cortés el reino por medio de Moctezuma, su prisionero. Pronto la dominación así ejercida quedó legalizada con la formal declaración arrancada a Moctezuma y a diversos caciques de acatamiento a la persona

del Rey de España. Y se cuenta que al hacerlo derramaron lágrimas, la mayor parte de los sometidos y el propio Emperador azteca. Tan seguros se hallaban los españoles del porvenir que aprovechando un mapa que les obsequiara Moctezuma en el cual se señalaban los linderos del reino, mandó Cortés algunos de sus capitanes a explorar las regiones donde había minas de oro. Y regresaron los exploradores con muestras del metal.

Y como seguidamente se juntase oro en cantidad, procedente de los pueblos y los presentes de los caciques, Cortés mandó hacer un reparto. Como algunos soldados quedasen descontentos de su parte, Cortés dedicó a todos un discurso con palabras muy melífluas, asegurando que él no quería el quinto, sino la parte que le tocase como Capitán general; y que todo aquel oro era "un poco de aire" pues debían mirar "las grandes ciudades que había y las ricas minas, que todos serían señores de ellas y muy prósperos y ricos".

Más graves eran las dificultades que surgían con motivo de la insistencia de Cortés para que se suspendiesen los sacrificios humanos en el gran Teocalli. Moctezuma, que a todo se prestaba, en tratándose del culto a los ídolos se mostraba intransigente, y aun amenazaba a Cortés con que se produciría una rebelión en la ciudad si se suprimía el culto según los ritos acostumbrados.

UNA NUEVA AMENAZA SOBRE CORTÉS

Mientras sorteaba con habilidad suma las dificultades de su posición en México, llególe a Cortés aviso de que su enemigo Velázquez mandaba de Cuba una poderosa expedición para apresarle y destruirlo. Súbitamente, una armada de diecinueve navíos y mil cuatrocientos soldados con ochenta de a caballo y noventa ballesteros al mando de Pánfilo Narváez, ocupó a San Juan de Ulúa. La noticia llegó primero a Moctezuma que, en seguida, envió presentes a Narváez; le ofreció acatamiento. Contestóle Narváez que Cortés y los suyos eran ladrones y que él, Narváez, traía fuerzas suficientes para castigarlos y le prevenía a Moctezuma que los hiciese matar. Ja noticia puso tan alegría a Moctezuma, que no se pudo contener y contó a Cortés lo que sabía de la nueva expedición. Los soldados se llenaron de gozo

al pensar en aquel refuerzo, pero Cortés, preocupado, entabló conversación con los soldados, ofreciéndoles todo su haber a cambio de que le permaneciesen fieles. Mandaba la Villa Rica de la Veracruz, Gonzalo de Sandoval, con setenta hombres, algunos de ellos enfermos. Luego que supo Sandoval que los de Diego de Velázquez avanzaban, a los enfermos los envió a una aldea próxima y quedándose con los sanos, mandó construir una horca. Y a los primeros emisarios que le requerían rendición, les dijo: "Aquí somos mejores servidores de Su Majestad que no Diego Velázquez. Andad con Dios a México, que allí está Cortés que es Capitán General y Justicia mayor de esta Nueva España, y os responderá; aquí no tenéis más que hablar". Y como el clérigo que hacía cabeza de la misión llamase a Cortés fe-lón, el capitán Sandoval le dijo "que mentía como ruín clérigo" y presos y a hombros de indios, mandó a México a todos los comisionados de Narváez. Veían los presos tantas ciudades y cosas nuevas, que iban pensando, dice Bernal Díaz, si aquello era encantamiento o sueño. Adelantóse Cortés a recibir a los mensajeros y los mandó libertar y les hizo grandes honores; les mostró la gran ciudad y las riquezas conquistadas; les dió tejuelos de oro y los envió de regreso a donde estaba Narváez y los que "venían muy bravosos como leones volvieron muy mansos y ofreciéndose a Cortés como sus servidores", y "todavía no llegaban a Cempoala y ya comenzaban a convocar a los de Narváez para que se pasasen al bando de Hernán Cortés".

Asimismo, los principales capitanes de Cortés escribieron a los amigos suyos que venían en la armada, y al propio Narváez, ofreciéndoles amistad y rogándoles no perturbasen a los indios, por ser pocos los españoles. El mismo Cortés escribió en buenos términos a Narváez y al Secretario Andrés Duero que lo acompañaba, y al oidor Lucas Vázquez de Ayllón, y con las cartas envió ciertas joyas de oro para sus amigos.

Ante todos sus soldados Narváez hizo burla de la carta de Cortés, y uno de sus capitanes más adictos prometió que había de "asar las orejas de Cortés para comerse una de ellas". A los Embajadores que le hablaron bien de Cortés, no quiso Narváez volverlos a escuchar, pues "era cabezudo y venía muy pujante".

En las filas de Narváez, sin embargo, cundía la admiración por los presentes que había enviado Cortés; y el Oidor Vázquez de Ayllón, de la Audiencia de Santo Domingo, que no estaba sometido a Velázquez, comenzó a tomar partido en favor de Don Hernando. Y como Narváez "era la pura miseria y todo el oro y la ropa que le había enviado Moctezuma lo había guardado para sí, el descontento crecía entre sus tropas". Poniendo preso por sospechas al Oidor de su Majestad, Vázquez de Ayllón, desembarcó Narváez y se dirigió a Cempoala, donde comenzó a dar malos tratamientos al Cacique gordo, que era amigo de los españoles y a todos los indios, que empezaron a quejarse diciendo que Cortés era muy bueno y justificado. A lo que Salvatierra, uno de los de Narváez, respondía: "¿No oís qué miedo tienen todos estos caciques de este nonada de Cortesillo?"

Celebrando previamente Consejo con sus capitanes, según tenía costumbre, Cortés decidió tomar la ofensiva contra Narváez. Apenas disponía para ello de unos trescientos soldados españoles, pues una guarnición de ochenta hombres al mando de Alvarado quedó posesionada de la ciudad de México y de Moctezuma. Por su parte, Moctezuma, que acechaba la ocasión, mandó ofrecer sus servicios a Cortés para batir a Narváez, a la vez que a éste mandaba promesas y regalos. En la plática de despedida, Moctezuma hizo ver a Cortés el peligro en que se hallaba por causa de que eran cinco veces mayores que las suyas, las fuerzas de Narváez, y Cortés le respondió que ya vería quién era el que llegaba preso a México, él o Narváez, y que por todo auxilio le pedía cuidase de que no hubiese disturbios en México durante su ausencia, y que a Pedro de Alvarado el Tonatiuh, según le llamaban los indios, le ayudase a mantener el orden. A la vez, con sus soldados tlaxcaltecas, Cortés aprovisionaba la capital y fortificaba las posiciones de Alvarado. De paso por Tlaxcala, pidió Cortés a Xicoténcatl, cinco mil guerreros, pero se los negaron diciendo que lo ayudarían a pelear contra indios pero no contra "teules" como los de Cortés, que traían ballestas. Mandó entonces Cortés órdenes a Sandoval para que se le incorporase, evitando ser aprehendido por Narváez. Y mostraba Cortés tanto sufrimiento, dice Bernal Díaz, que nunca dijo mala palabra de Narváez. Sólo se cuidaba de llenar de presentes de oro

y joyas a los distintos emisarios que del campo enemigo le llegaban. Ganando tiempo y disimulando con el envío de Juan Velázquez, como embajador suyo ante Narváez, llegó Cortés con sus tropas hasta Cempoala. Eran doscientos cincuenta para combatir un número cinco veces mayor, según justamente había observado Moctezuma. Y tan confiado estaba Narváez, que el Cacique gordo, que se había distanciado de Cortés porque no consiguió que Narváez le devolviese las mantas que le había robado, previno a Narváez y le dijo "que estaba demasiado confiado y que los de Cortés no eran como ellos y que cuando menos lo pensasen allí los matarían". Se tomaron a burla estas palabras del Cacique, pero aprestóse Narváez a la defensa de Cempoala disponiendo su gente en un llano donde estuvo todo el día sufriendo, expuesta a la lluvia y el fango. Descontentos por ello sus capitanes, le aconsejaron que mandase retirar la gente y que fortificase sus aposentos, pues no sería Cortés osado a darle batalla. Lo hizo así Narváez y mandó publicar un bando ofreciendo dos mil pesos al que matase a Cortés. Y en su propia morada mandó que durmiesen muchos soldados.

Sin detenerse, Cortés se acercó a una legua de Cempoala y convocó a sus soldados; les hizo ver los peligros a que estaban sujetos si caían en manos de Narváez y que todas las riquezas ya conquistadas las perderían. En cambio, si peleaban con esfuerzo, todos serían muy ricos. En seguida dispuso el asalto. A Gonzalo de Sandoval le encomendó que procurase la aprehensión del Jefe enemigo y que si se defendía lo matara, y al primer soldado que le echase mano le ofreció tres mil pesos y al segundo dos mil. Y los arengó diciendo: "Bien sé que los de Narváez son cuatro veces más que nosotros, pero no son acostumbrados a las armas y están la mayor parte de ellos, mal con su capitán y les tomaremos de sobresalto y tengo el pensamiento que Dios nos dará la victoria. Así, pues, que, señores, nuestra vida y honra está, después de Dios, en vuestros esfuerzos y vigorosos brazos; no tengo más que os pedir por merced, ni traer a la memoria sino que en ésto está el toque de nuestras honras y famas, para siempre jamás, y más vale morir por buenos que vivir afrentados". "Y porque en aquella sazón llovía y era tarde, no dijo más". No pidió a sus soldados que confiasen en que contaban

con la simpatía de éste o del otro lado de Narváez sino que "peleasen como varones y a fin de que no tuviesen esperanza en el enemigo sino en sus propios esfuerzos". El capitán Pizarro fué el encargado de tomar la artillería enemiga. Y toda la noche se pasó en los preparativos del ataque, sin que hubiese a mano cosa que cenar. Y todavía de noche, sin tocar pífanos ni tambores, se dió la orden de marcha y empezaron a caer presos los espías que Narváez tenía de avanzada. Uno de ellos, sin embargo, escapó y dió la voz de alarma: "¡Allí viene Cortés!" Y después de cruzar un río se presentaron tan de improviso los de Cortés en el campamento de Narváez, que no tuvo tiempo éste de usar toda su artillería, sino cuatro tiros, uno de los cuales mató a tres soldados. En aquel instante se juntaban todos los capitanes de Cortés y empezó la pelea. Defendióse Narváez, desde sus aposentos, causando algunas bajas a los atacantes. Pero la artillería cayó por sorpresa, después de lo cual se dirigieron todos sobre el puesto en que se hallaba Narváez, siendo Gonzalo de Sandoval el primero en escalarlo. Y pronto se oyó la voz de Narváez que se quejaba: "Santa María, váleme que muerto me han, e quebrado un ojo". A lo que los de Cortés replicaron: "Victoria, Victoria". Y uno de los atacantes, Martín López, puso fuego en las pajas de un alto cúe de los que ocupaban los de Narváez y todos vinieron rodando. Y el primero que echó mano a Narváez fué un Pedro Sánchez Farfán, y todos gritaban: "Viva el Rey, y Victoria, que muerto es Narváez". Mientras tanto, Cortés batía a otros capitanes de Narváez, fortificados en los sitios más altos. Y una vez prisionero Narváez, todos juntáronse para el final asalto, prendiendo a Salvatierra y a los demás. Y cuando llegó Cortés a donde estaba preso Narváez iba cargado de armas y sudando por el fuerte calor, y cansado, y casi sin poder hablar preguntaba a Sandoval: "¿Qué es de Narváez? ¿Qué es de Narváez?" "Aquí lo tengo", dijo Sandoval; y después de ordenar que lo asegurasen, mandó dar pregón para que todos los de Narváez se rindiesen reconociendo a Cortés como Capitán General. Y que todos debían entregar las armas. Ocurría todo esto siendo aún de noche y llovía de rato en rato y a veces alumbraba la luna. Y la oscuridad ayudó a los asaltantes, "en ella había muchos cocayos o luciérnagas que relumbraban de

noche y los de Narváez creyeron que eran mechas de escopetas". No se concluía aún del todo el combate cuando pidió Narváez que un cirujano de su tropa le curase el ojo. Se le presentó Cortés haciéndose el desentendido, como si no reconociese a Narváez, pero éste, avisado de quién era le dijo: "Señor Capitán: tened en mucho esta victoria que de mí habéis habido y en tener preso mi persona". Y Cortés le respondió que daba muchas gracias a Dios que se la dió y por los esforzados caballeros y compañeros que tiene y que, "una de las menores cosas que en la Nueva España ha hecho es prenderle y desbaratarle". En seguida le mandó echar un par de grillos. Y como todavía andaba por el campo una fuerza de cuarenta de a caballo que Narváez había enviado de avanzada, mandó Cortés que se estuviese apercebido, por si pretendían libertar a su jefe. Pero Cristóbal de Olid les dió alcance y parlamentó con ellos y vinieron todos a donde Cortés estaba, gritando: "Viva la gala de los romanos que siendo tan pocos han vencido a Narváez". Y un negro que traía Narváez gritaba: "Mira que los romanos no han hecho tal hazaña". Y según fueron llegando los de a caballo desmontaban e iban a besar las manos a Cortés que, estaba sentado en una silla de caderas, con una ropa larga de color anaranjado, con sus armas debajo, acompañado de sus capitanes. Y a todos los recibía con gracia y los abrazaba y se mostraba alegre de verse tan señor y pujante.

Murieron muchos capitanes de Narváez y el fanfarrón Salvatierra, desde que oyó el grito de "victoria" proferido por el enemigo, sintió fuertes dolores en el estómago y no hizo nada. Bernal Díaz afirma que "esto lo cuenta por su fiero bravear". El capitán Juan Velázquez de León prendió a un Diego Velázquez, sobrino del de Cuba, con quien había tenido brega y le llevó a su aposento y le mandó curar y hacer mucha honra.

Obtenida la victoria, Cortés se apresuró a tomar posesión de la flota de Narváez, la cual mandó cambiar de mando y le quitó las velas y las agujas para que nadie volviese a Cuba. Y con cien hombres de Narváez, y veinte de los suyos, mandó a Juan Velázquez de León a que descubriese costa adelante, por Pánuco. Y a Diego de Ordaz lo comisionó para que con dos navíos poblase a Coatzacoalcos y mandase traer de la isla de Ja-